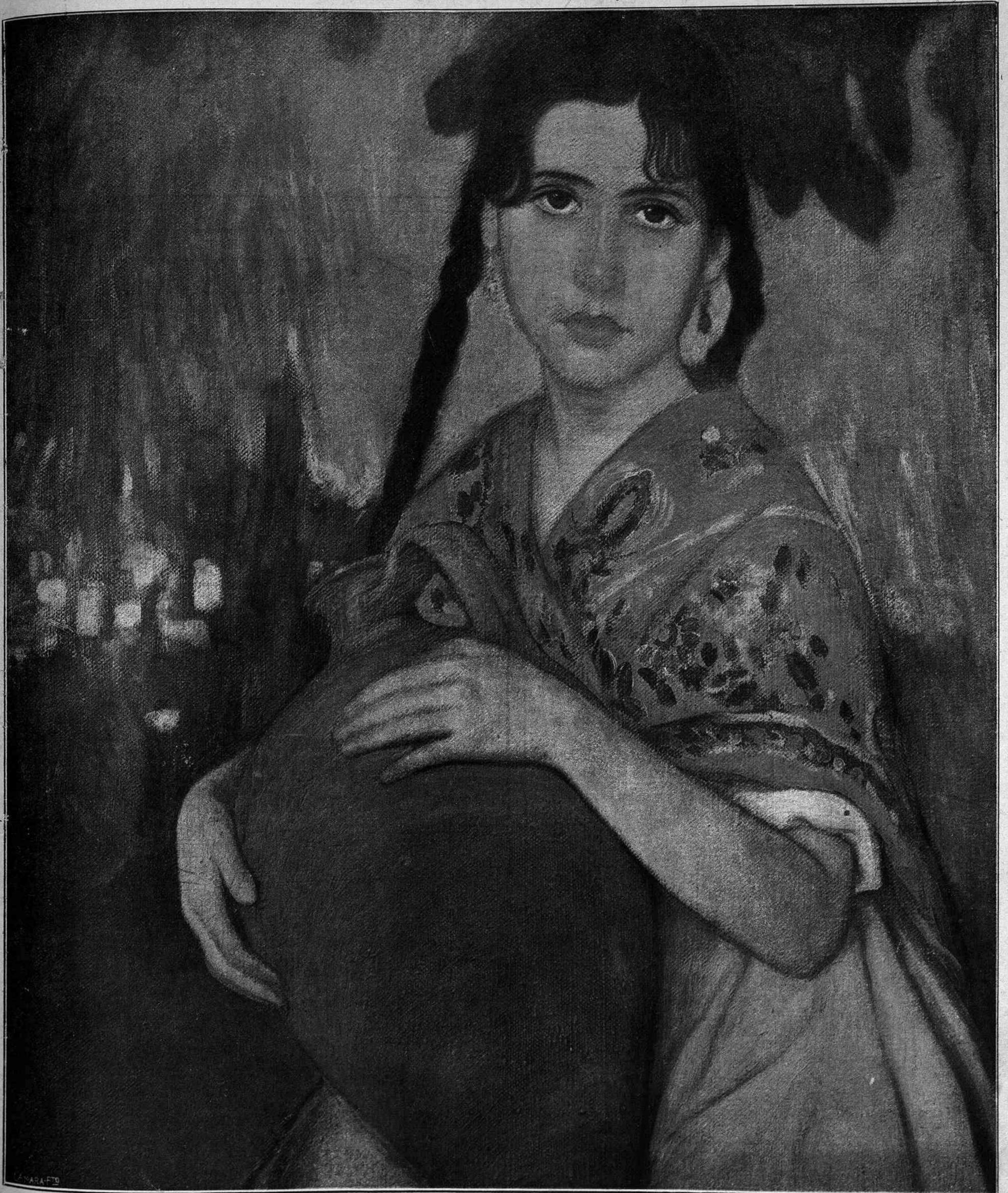


La Esfera



Año VI * Núm. 307

Precio: 60 cénts.



LA NIÑA DEL CANTARO, cuadro de José Pinazo Martínez

Las mujeres más hermosas
invariablemente usan

"Nieve Hazeline"

(Marca de Fábrica) ("Hazeline Snow" TRADE MARK)

La Reina de los
embellecedores.

En todas las Farmacias y Droguerías

Burroughs Wellcome y Cia., Londres

Sp.P. 1626



La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline.'

All Rights Reserved

MUEBLES ECONÓMICOS

A PAGAR EN DIEZ MENSUALIDADES Y AL CONTADO

Comedores, alcobas, gabinetes, camas y colchones de muelles, somniers, perchas, etc.

Alquiler de sillas de madera curvada

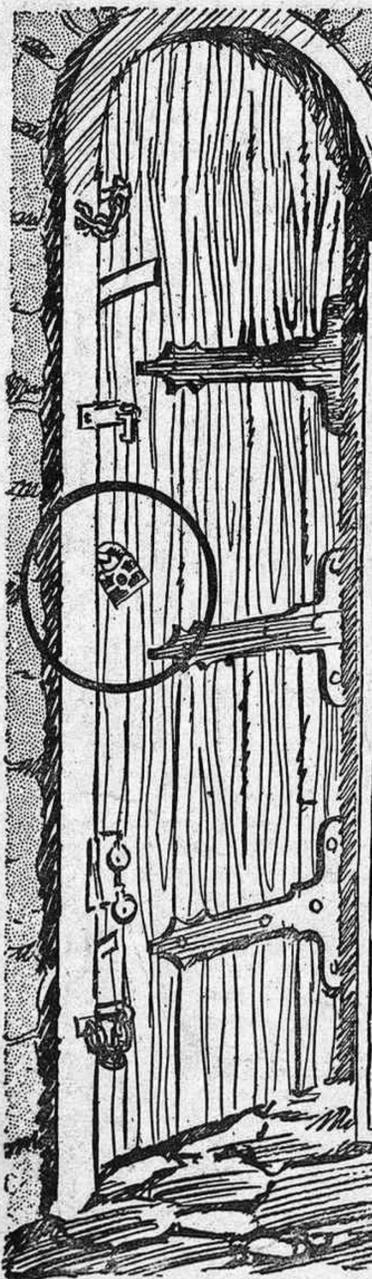
HIJOS DE MANUEL GRASES

Clavel, 10 (esquina á Infantas), teléfono 27-31,
y Atocha, 30 duplicado, teléfono 28-61

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.



TRADE **YALE** MARK

UN Solo Candado Yale
es lo suficiente.

El modelo y construcción de los candados Yale ofrecen absoluta seguridad contra violencias, ganzúas o intercambio accidental de llaves.

Se hacen en tamaños y estilos para cada propósito—cada modelo posee sus cualidades peculiares.

El Candado Yale Standard, por ejemplo, no sufre perjuicio alguno en los climas tropicales y soportará el manejo más rudo. Es un mecanismo fuerte y resistente, que no tiene más llave maestra que la propia.

Puede Ud. tener absoluta confianza en los candados y otros productos Yale—Picaportes Yale, Cierrapuertas Yale, Herrajes Yale para construcciones, Motones Yale de cadena y Cerraduras para bancos.

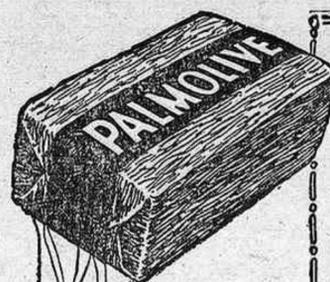
Pídase la marca de fábrica en estos productos. De venta en las principales ferreterías.

The YALE & TOWNE Mfg. Co.

Establecidos en 1868

Nueva York

E. U. A.



CLEOPATRA

revela los secretos de su hermosura a la beldad moderna.

El aceite de palma del interior de Africa y aceite de oliva de los campos de España—eran esenciales á Cleopatra para su belleza. En el jabón Palmolive hallará Ud. estos aceites, científicamente mezclados.

El Jabón Palmolive dejara á Ud. sorprendido con sus propiedades de limpieza. Suaviza el cutis delicado. Su aroma es delicioso.

Las principales droguerías farmacias y perfumerías lo tienen de venta.

THE PALMOLIVE CO.
Nueva York y Milwaukee, E. U. A.



Agentes para España: LA NORTEAMERICANA, S. A.
Ronda Universidad, 37, Barcelona

UNDERWOOD

Campeón

de las
Máquinas de escribir

G. TRÚNIGER Y C.º

Balmes, 7, Barcelona. Sucursal en Madrid: Alcalá, 39.
CASA SUIZA



Todos los CHOCOLATES ZORRAQUINO son elaborados sólo con los mejores cacao y azúcar superiores

LA HORA SENTIMENTAL



DESPUÉS de la hora heroica, después de la hora trágica y después, en fin, de la hora cruel, ha llegado, para este delicioso París de ensueño, su hora sentimental.

Por todas partes, la ciudad que ha permanecido cinco años austera, sin afeites ni remozos, mientras sus hijos iban a detener las hordas del nuevo Atila, que amenazaba destruir sus maravillas, se acicala y embellece; ábrense fastuosos los escaparates de los grandes comercios; lanzan modistas y modistos modas inverosímiles en que las mujeres adornan sus desnudeces con galas de salvaje—plumas, pieles, metales y raras piedras de colores—; los *restaurants* nocturnos, los *cabarets*, las *boites*, los teatros rebosan gente, y Lutecia vuelve a ser Lutecia. Es decir...

Lutecia, además de ser la fastuosa metrópoli del arte y el amor, tiene un aire cordial, bueno, infinitamente sentimental. Doquiera que va uno tropieza con la parejita enamorada, el soldado y la nena que van enlazados por la calle, que se abrazan y se besan al decirse adiós, que se miman y arrullan.

Pero estos mimos y arrullos, estos besos y abrazos, no sé por qué, carecen de ese aspecto acre y pecaminoso que ahí, en nuestro tibio Madrid, soliviantaría a las gentes pacatas, escandalizaría a los buenos burgueses y provocaría la intervención de los guardias. Hay en tales caricias, por parte de ellos, algo de protector, de resuelto, de envolvente; una delicadeza infinita para la mujercita frágil y quebradiza; algo fraternal, de camarada grande y fuerte. En cuanto a ellas, ponen una orgullosa satisfacción en alzar sus grandes ojos verdes, azules ó violetas

Tes yeux sont comme fleur de violet
au bouquet joli

hacia el héroe adolescente. Falta ese no sé qué de espeso, de caliginoso, de densamente carnal que ponen los meridionales en sus caricias; ese algo que suscita con la imagen lasciva la idea del pecado.

¡Cómo había de ser así! Ellas, lindas, encantadoras, unas muñequillas blancas y rubias, leves, apenas sexuadas, de un delicioso androginismo que no tiene nada del clásico marimacho, visten, subrayando su gracia pícaro, con algo de varonil y de resuelto, que es, sin embargo, infinitamente femenino. Ellos, por su parte, son guapos, en la exageración de sus uniformes (tal vez despertase el desgarrar de una chula que tuviera un dicharacho para el exageradísimo entallado de los abrigos, para las gorras metidas hasta las cejas y para las pieles, pero que en el corazón agradecido de las francesas no

pueden inspirar sino respeto y gratitud—¿cómo no, si son los victoriosos cubiertos de gloria y de heridas que salvaron la Francia inmortal?—); guapos no a la vieja usanza española, que dice que «el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso», sino cuidados, juveniles, con aire barbilindo de *gigolos*. Tales grupos sólo pueden alumbrar una sonrisa de condescendiente simpatía.

Se estiman; ellos saben lo que valen las chiquillas que en las horas crueles en que la Patria peligraba tuvieron el heroísmo de dejar su galas, sus joyas y sus maquillajes, y lo que es más: su juventud—el más tremendo sacrificio cuando no se ignora, y ellas no lo ignoraban, el valor del tiempo—, para resueltas, sin un suspiro de pena, irse de enfermeras a los trágicos campos de batalla, donde sus ojos, que sólo veían los escaparates de la rue de la Paix ó las luces de los cenáculos, abriéronse de horror ante la generosa sangre que, como un Jordán, redimía la adorada Patria. También conocen ellas ahora el valor de sus añiados amigos, que antes no eran sino unos muñecos bonitos con quienes ellas jugaban y que un día de peligro crecieron hasta tocar el cielo y fueron los héroes dignos de hombrearse con los viejos héroes legendarios.

Allá en los campos de batalla nació esa ternura apasionada, fraternidad de amantes, amistad protectora, cariño de camaradas.

Por eso pueden besarse, sin que en los labios de las burguesas gordas haya sino una sonrisa de ternura.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Paris, Octubre 1919.

DIBUJO DE PENAGOS

LA ESFERA
ARTE MODERNO



EL ROBLE Y LA VID, dibujo original de Juan José

EL HOMBRE DEL CAMPO



El campesino, el eterno paria español sobre el que pesan todos los tributos y gravitan todas las injusticias, empieza a despertar, se agita descontento, amenaza con huelgas...

En las ciudades agrícolas palpita un inmenso desasosiego, un gran temor ante la amenaza que representa la agitación que reina entre los hombres del campo.

En las grandes urbes industriales, en las ciudades mercantiles, el campo es sólo un motivo de evocación bucólica, una esperanza de descanso, un lugar de esparcimiento y de reposo.

En ellas la campiña, la enorme extensión fértil del agro, está muy lejos. Llegan los frutos a las urbes, empaquetados en los vagones ferroviarios, fáciles al consumo, sin otra complicación que la del intercambio mercantil.

El hombre de la ciudad no conoce el campo, vive lejos de la Naturaleza, sin miedo a sus alternativas ni preocupación por sus inclemencias.

El hombre del campo no conoce a la ciudad, pero recela de ella.

Muchos años, muchos siglos tal vez, han acumulado en el alma de los hombres del campo semillas de odios para las ciudades.

De ellas salió para el campesino todo mal. En las ciudades es donde se concertan las gabelas que abruma al agricultor y donde viven el fisco que los arruina y el propietario que los explota...

ooo

Se rebelan ahora aquellos hombres que hace unos años trabajaban de sol a sol por un gazpacho misero y tres ó cuatro reales. Hoy estos

hombres ganan jornales de cinco y seis pesetas.

Y, sin embargo, hoy es más que nunca sañuda la protesta, profunda la queja y fuerte el rencor. Ellos saben que sólo la urgencia ineludible de labores campestres, el miedo a que las cosechas se pierdan en los surcos a falta de manos que las recogieran, ha podido impulsar a los patronos a dar a los labriegos el salario exigido. Pero saben ellos también que, apenas cese esta necesidad urgente del trabajo, los patronos aminorarán los jornales, que aun ahora son insuficientes para solventar los apremios de sus vidas.

La perspectiva de un invierno cruel turba el sueño de los campesinos. Si ahora con seis pesetas diarias apenas pueden subvenir a sus necesidades, ¿qué será luego, cuando el jornal disminuya ó cese por las inclemencias de la estación? ¿Qué será de esos miles de hogares proletarios sin pan y sin trabajo?

Los hombres del campo, que siempre vivieron al día, que se daban por contentos con un gazpacho cortijero, una peseta y un vaso del vino ardiente de la tierra, han aprendido a pensar en el futuro.

El hartazgo de hoy no les hace perder la memoria de las hambres de ayer. Ya el mosto dorado de las parras indígenas no es bastante para enturbiar sus ojos y adormecer sus almas. Las pupilas, hechas a otear horizontes, escudriñan ahora el porvenir...

ooo

Aunque tarde, despierta el hombre del agro, el hombre de la naturaleza brava y libre, y mira

a las ciudades y alza sus puños en un gesto de amenaza y murmura sus descontentos.

Hasta ahora, esos hombres sólo saben odiar, con un odio de siglos acumulado en fuerza de exacciones é injusticias.

Pero el invierno se acerca. Para los hombres de las ciudades será sólo un problema de precio. Para los hombres del agro el invierno es el hambre, el hambre desesperada y trágica, el hambre rabiosa y tremenda de ver que falta en sus hogares aquel pan que ellos, con sus brazos, hicieron germinar en el surco y fructificar en las doradas espigas...

Las ciudades, los gobernantes, ven acercarse impávidos el invierno. Mientras, crecen y se propagan en el campo la protesta y el odio.

Deber de todos es prevenir esto, cuidar de esto, que es el peligro, el más grande problema de la nación.

Los hombres del campo son resignados, sobrios retraídos. Es necesario no despertar, no azuzar con imprevisiones el odio que en ellos ruge, avivados por codicias de mercenarios apóstoles.

En las manos de estos hombres del campo, que siegan la flor y cogen el fruto, están nuestras vidas.

No hay que olvidar que en esas manos la hoz que corta la amapola, ornato del trigal, puede ser media luna homicida.

Y que esas manos que desgranar la espiga son también las manos que incendian y las manos que matan.

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO
DIBUJO DE VÁZQUEZ DÍAZ

FERNÁN-CABALLERO Y SUS CONFIDENCIAS EPISTOLARES

La publicación del nuevo epistolario de Fernán-Caballero, que se debe al celo del muy reverendo padre fray Diego de Valencia, ex provincial de los Capuchinos de Andalucía, constituye una efemérides literaria de orden superior, en la estima que ha de otorgarse a los grandes anales de nuestras musas. Breve noticia de este libro di en otra parte, y aquí he de insistir más ampliamente sobre las muy curiosas revelaciones que se contienen en el cartapacio. Según ya tengo dicho, lo más interesante de las cartas de la que en el mundo de las artes se llama Fernán-Caballero, y en la sociedad se llamó Cecilia Bhöl de Faber, es que no han sido escritas pensando que fueran publicadas. Las maestras del «Postalismo» francés, que han labrado esa maravillosa biblioteca donde la era de los magnos Luises es escrita al detalle por el maravilloso procedimiento de la anécdota, redactaban sus páginas detenidamente, corregíanlas luego, y no las enviaban al destinatario sino cuando varias limas se habían roto en el pulimento del estilo. Es que esas damas ilustres, creadoras de un género literario, pensaban en lo futuro y en que una tarde, bajo la cúpula del Instituto de los Inmortales, un sabio donoso leyerá el elogio de los billetes perfumados, más que con las esencias de Oriente que usaban aquellas señoras, con la laboriosa ingeniosidad. Nuestra Fernán-Caballero ha redactado sus cartas sólo para que las lean las personas designadas en el sobrescrito. La sencillez, la llaneza, la humildad característica de las mujeres españolas dan á esa correspondencia valor inefable. Son el diario de una mujer desgraciada á la que faitó un amor constante y un aplauso acreditado por la autoridad crítica.

Así las cartas de Fernán-Caballero deleitan y enternecen, más que por su gracia retórica, por la diafanidad de un alma que pasa ante el lector y que no recata sus honduras.

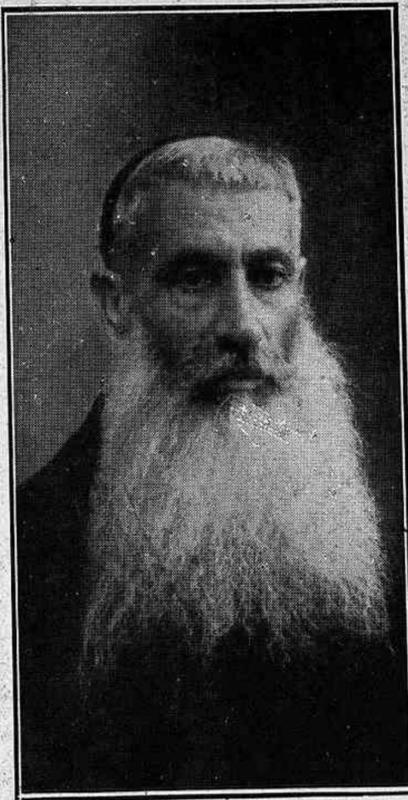
Eso no quita para que cuando menos se espera el magno ingenio, la experiencia humana, el perpetuo atisbo de las realidades propias de la autora de *La Gaviota*, chispeen prodigiosamente... «La felicidad — dice en una carta — es una cosa que nosotros mismos formamos mucho más que los eventos...» En una epístola escrita en el Puerto de Santa María el 2 de Octubre de 1852, Fernán-Caballero, que quiso siempre esconder su persona bajo el seudónimo, recomendando el sigilo á algunos de sus amigos, exclama: «Sin entrar en un sinnúmero de graves razones que me obligan á ocultarme y que serían largas de referir, creo que ustedes, ambos (los condes de Casal), tienen bastante tacto y buen gusto para simpatizar conmigo en no querer ser, ante la insufrible medianía, el oso ni la bestia curiosa...» En estas palabras se encierra la existencia de Fernán-Caballero; ella escribió por el gusto de escribir en un principio, más tarde para procurarse medios de vida, pero nunca en demanda de la fama. Ella no creía en la fama. En cierta ocasión — y esto no se refiere en el epistolario de que hablo — un alto personaje palatino interrogó á Cecilia sobre lo que más amase en el mundo, y ella contestó: «A Dios y á la Santísima Virgen.» Y el distinguido caballero repuso: «¿Y la celebridad?...» «¡La celebridad! Cada mañana pongo yo ante la imagen de mi Virgen un ramito de flores, homenaje á la Señora. Nunca se me ha ocurrido ofrecerle eso que usted denomina *celebridad*: primero porque no la merezco, y luego porque aunque la mereciese sería indigna de mi espíritu cristiano. La celebridad es orgullo, y el orgullo es demoníaco.»

Volviendo á las cartas del volumen publicado por el padre Diego de Valencia, recogeré otras frases de la insigne autora.

De un joven bueno que ha muerto en la pureza angélica dice Fernán-Caballero, en consuelo

de los padres tristes: «¡Dichoso el que deja este valle de lágrimas por la eterna mansión de la paz, en que estará á estas horas nuestro ausente, el que llevaba para presentárselo á Dios un corazón bellissimo, sin culpas secretas, sin hiel y con toda la inocencia de la juventud!... Así, envidiémosle, que es más racional que llorarle.»

Fernán-Caballero vivió la mayor parte de su existencia en Sevilla, Puerto de Santa María y Sanlúcar. Tuvo ella tres maridos, todos distinguidísimos. El primero le fué impuesto por la madre doña Francisca Larrea, mujer cultísima, literata, que nunca buscó al público, cuyo único defecto, en lo que á nuestra novelista atañe, fué el intentar guiarla por moldes de la decadencia novelística francesa. El segundo esposo de Cecilia fué un noble caballero, decadente por la enfermedad y por los años, el marqués de Arco



No es esta la primera vez que suena, al frente de una obra literaria, el nombre de Fray Diego de Valencia, ex provincial de los Capuchinos de Andalucía, ahora coleccionador y anotador de las cartas inéditas de Fernán-Caballero. Tampoco se asoma por primera á las planas de las revistas su figura venerable. Antes, con ocasión de otras obras de piedad y de literatura, el nombre y el rostro de Fray Diego de Valencia han sido conocidos por los lectores.



Con sus obras, un poco olvidadas injustamente, desde luego, se ha ido olvidando también, por la generación literaria actual, la figura sencilla y buena de la Fernán-Caballero. Otros libros, otras figuras, otros gustos y tendencias las han sustituido en los escaparates del día. Pero he aquí á la ilustre Cecilia Bhöl de Faber, con su rostro radiante de inteligencia y de bondad, envuelta en la modestia del manto, digna de la admiración de todos los corazones que han palpitado al leer sus novelas.

Hermoso. El tercero y último marido de nuestra autora fué un joven andaluz, D. Antonio Arrom de Ayala, que había dedicado al comercio sus talentos y sus energías. Era persona cultísima, con ciertos puntos de aventurero mercantil, y así anduvo en el querimiento de la fortuna por muchas tierras lejanas. Apenas gozó Fernán-Caballero de este gentil esposo, que fué, ciertamente, el que más ventura le proporcionó. En sus cartas le recuerda siempre con cariño intenso. Los otros esposos anteriores no habían penetrado en el corazón de la excelsa andaluza. Para Antonio Arrom hay aquí y allá, en el epistolario, palabras dulcísimas... ¡Pobre Fernán-Caballero!... Esposa de tres varones, enamorada sólo del último, y éste ha de viajar, cumpliendo sus oficios de agente de negocios, y ha de morir lejos de la patria y de la mujer que le adoraba.

Es singular el fenómeno que surge en estas confidencias de Fernán-Caballero. Ella, tan generosa y tan magnánima, escapa de improviso con frases de burla cruel y de enojo reconcentrado. Cuando habla de George Sand, la insigne novelista francesa, y refiriéndose á *Ledia*, dice: «... La obra más descocadamente mala que he leído, llena de contradicciones, de bello lengua-

je y bellos trozos, pero cuyo fondo es de un cinismo asqueroso. Si el talento superior de esa mujer sirve para escribir semejante libro, digo: Gracias á Dios que me ha hecho *negrito*...» (Esto es, gracias á Dios que me ha hecho ignorante á perpetuidad.) Sería explicable esta ira de Fernán-Caballero á la insigne literata de Francia, por la contradicción de sus ideas religiosas; pero ¿cómo explicar el destempe de la piadosa señora para Gertrudis Gómez de Avellaneda, española, creyente, cantora afortunada de la Santísima Virgen del Carmen?... Fernán-Caballero había puesto sobre el resplandor frontal de la poetisa esta frase de ironía: *Gertrudis la Magna!*...

En estas cartas que ahora entrega al público, con afanoso y cultísimo celo, el padre Diego de Valencia, se ve cómo Fernán-Caballero luchaba para conseguir el producto de sus inspiraciones, su contienda con los editores, su debate con amigos tan cariñosos como indiscretos, sus coloquios con los que la elogiaban, nunca suficientemente. A veces se habla de una cantidad fantástica de dos mil duros, y luego esa cantidad fantástica se desvanece en ruines liquidaciones, y todo acaba, á la postre, en un par de botas, que la maestra de la novela pensaba comprarse, si recaudaba ciertos problemáticos ingresos. Y tenía decidido entregar las botas casi viejas que encerraban sus pies á una mujer misérrima de su vecindad que sufría las últimas iniquidades de la carencia.

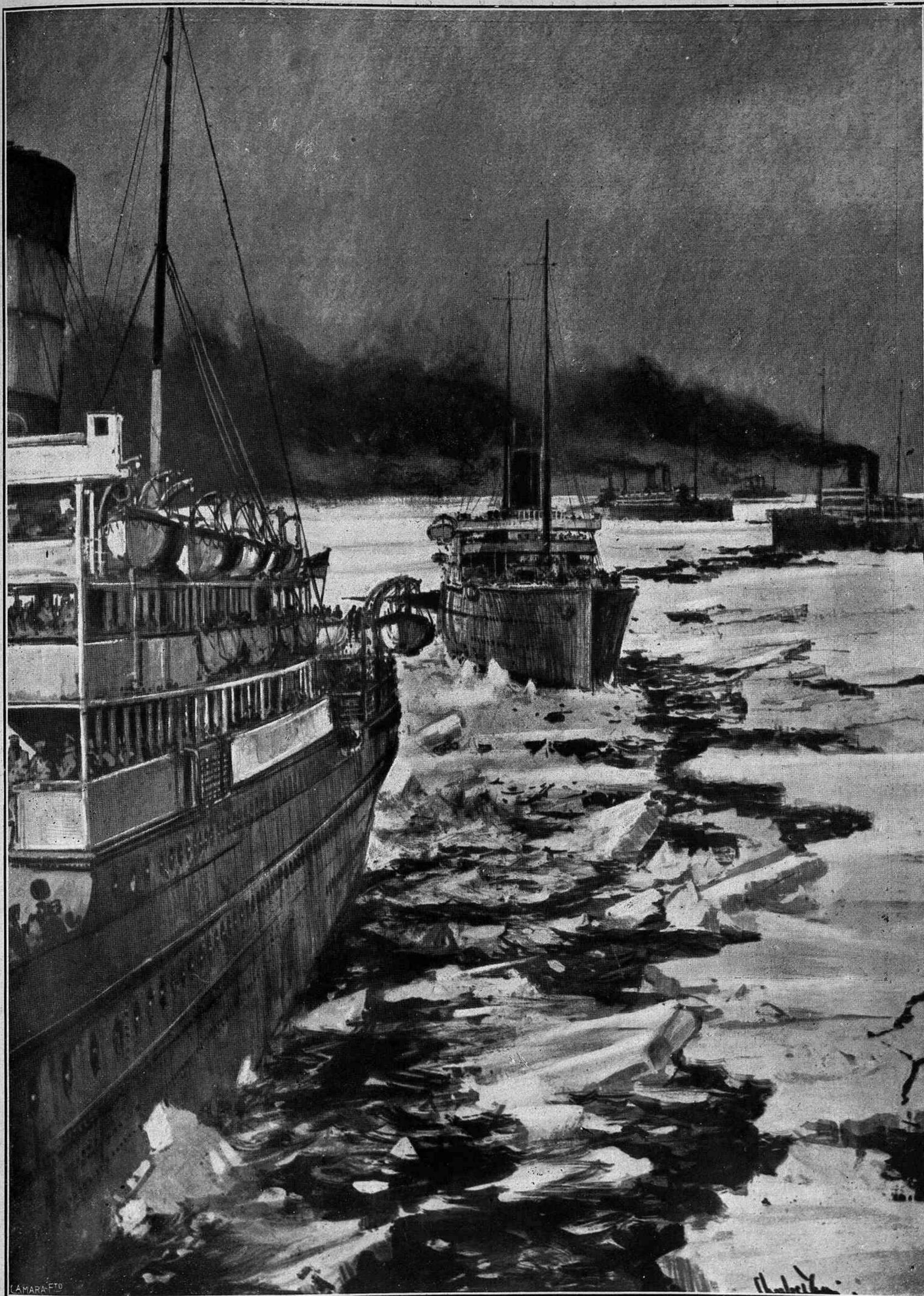
¡Fernán-Caballero!... Yo os contemplo, señora mía, teniendo en mi remembranza vuestros libros, y me indigna el que, mientras los escribais ó los pensábais, hayáis tenido que meditar, no sobre las tristezas de *Ella*, ni sobre los ensueños del gentil caballero alemán de *La Gaviota*, sino sobre los zapatos con que pisábais, y sobre los cestos de frutas que os enviaban, regalados, los ilustres y generosos parientes, con cuya donación disminuía la angustia de vuestro diario... Yo no sé si es cierta la noción vulgarísima de que Cervantes no cenó cuando concluyó el *Quijote*; pero después de leer vuestras cartas, maestra insigne, mártir probada, dictadora de la emoción sencilla, estoy seguro de que en la hora en que narrábais las escenas de un *Servilón* y un *liberalito*, faltaban en vuestra gabela los reales precisos para pagar al cura de las vecinas monjitas la celebración por los cultos familiares...

Y esto es lo que resulta de vuestras cartas, mi amiga eterna. Vivisteis en una protección extraña y poco eficaz de los Srmos. Sres. Duques de Montpensier. Con vuestras obras disteis relumbre inesperado á aquella era de las conjuras palatinas y de los audaces pronunciamientos. Fuisteis la serenidad y la virtud en medio de la turbulencia y del pecado. Sembrásteis la mentalidad hispana de figuras de gracia inmarcesible. Los labriegos andaluces, las mujeres de los cortijos, los niños que danzaban en las eras, las mocitas que daban á las noches de la campiña los atractivos de la eterna poesía bética, andan entre las líneas de vuestras narraciones, de suerte que no hay en ellas ni un vocablo ni una coma en que no chispeen el numen de esas comarcas.

Y mientras yo quedo pensando en si al fin pudisteis compraros el par de botas nuevas que ambicionábais, me espanta la indiferencia de nuestros conciudadanos, entre los que la mayor parte, muy creyentes, muy católicos, muy devotos, ignoran todavía que en pleno siglo XIX moraba en la tierra de María Santísima una musa que iba cada mañana á misa, y, después de recibir el pan eucarístico, se sentaba en su bufete, así la gallarda pluma de ave y sobre los grandes pliegos esparcía las grandes ideas: las del amor á Dios, las del respeto á los pobres.

J. ORTEGA MUNILLA

LA EVACUACIÓN DE ARKANGEL



Transportes ingleses conduciendo á Murmansk las fuerzas de ocupación de Arkangel, después de ser evacuada la ciudad. Los buques avanzan precedidos por los barcos 'rompehielos', á través de las aguas del mar Blanco

DEL BIEN PERDIDO



Hoy he vuelto al remanso de mi infancia en una evocación...

Junto al camino lleno de luz, la mística fragancia de un huerto en un ambiente pueblerino.

La amorosa humildad de una casita recortando el paisaje, iluminado bajo el oro del sol, en la infinita soledad de un barbecho abandonado.

Colgando en las paredes, los más viejos retratos familiares; y entre tules la arcaica seriedad de unos espejos en marcos de color... Rojos ó azules...

Sillones anchurosos; una mesa que sostuvo del fuego los placeres y un grueso tomo de la Biblia, impresa en antiguos y extraños caracteres...

¡Oh, visión de las noches amorosas en la paz del hogar! ¡Mi edad lejana! Mi padre con sus manos temblorosas del largo trabajar, cardando lana.

Mi abuela que dormita y cabecea... que sueve á despertar y, entristecida, nos dice entre suspiros la odisea y el fracaso doliente de su vida.

Mi madre que, evangélica y amable, toda llena de amor y de ventura, prosigue una vez más la interminable y enojosa labor de la costura.

Mi hermana, la más chica y más traviesa, inventando diabluras en el juego; Estrella, la mayor, que de la mesa toma el libro sagrado, aviva el fuego,

y después, milagrosos y aromados cual si fueran violetas y azahares, deshoja los versículos sagrados del divino Cantar de los Cantares...

Yo ni amaba ni odiaba... Era mi vida sin amor, sin dolor y sin orgullo, lo mismo que una rosa presentida en las dulces fragancias del capullo...

Vivir como una flor, como una planta... y en la serenidad de la conciencia ni una leve inquietud; solo esta santa floración del vivir en la inconsciencia.

Sin sentir nunca amor, verse adorado; tener cariño sin sentir cariño...

¡Oh, visión amorosa del pasado! Yo ni amaba ni odiaba...

Yo era un niño...

Fernando CANO

DIBUJO DE ECHEA

CORDERA



ROSARITO, ya te ví anoche en el Real. Primera butaca de la primera fila. Continúas, como siempre, con tus puerilidades, y entre ellas la de ir al teatro á una localidad y con un interés dignos de un chico, á quien no importa nada de lo que pase fuera del escenario. Y lo mejor es que tú no entiendes la función. En absoluto. Conozco tu dulce ignorancia de animalito de color de rosa y sentimental, y sé hasta qué punto pueda impresionarte eso que la crítica llama frios vivos de *La fiesta de un fauno*, cuando las ninfas caminan como en las metopas que se conservan en los museos, seducidas y atemorizadas por Ninjisky, con sus cuernecillos y su rabo. ¿Te ríes, como la señora y el señor gordos del palco proscenio? Claro, ninguno de los tres estudiasteis arqueología, y por otra parte las flautas griegas en la música de Debussy aseguraríais que os hacen cosquillas. ¡Sacrilegio! A través de sus lentes, aquel *dilettante* parece excomulgar al trío de profanadores, que no caen en éxtasis ante la evocación con su puro clasicismo. Rosarito, tú no le hagas caso, ni te pongas colorada. El sabio, con sus pedanterías, se halla más lejos que tú de la pradera florecida de margaritas, con su espejo glauco del agua, con sus chopos de plata y de esmeralda. Tú eres toda ingenuidad y dulzura, como el paisaje de la fau-

nesca adolescencia. Al acabar, la pantomima podías salir á escena y no desentonar del fondo idílico. Del mismo modo parecería oportuna la llegada de una cordera, con su toisón nevado, con sus balidos... En cambio, que intente asomarse el *dilettante*, con su peinado de laca, y apoyándose en el *clac* sobre el talle... Resultaría un pegote, como los carteles de chocolates y medicinas que infestan los campos á lo largo de la vía férrea...

Y sin recurrir á esa caricatura, ¿está seguro el enfático iniciado de gozar más que tú en los *Ballets*? Su vanidad se satisface con apreciar los alardes cultos de los bailarines moscovitas. Una cabriola en las tablas le recuerda un ánfora, una tanagra. ¡Cuánto sabe, el buen señor! Y Rosarito desconoce la existencia de los vasos rojos con las siluetas negras y de las estatuillas de Beocia, y, por tanto, no piensa sino en lo que le muestran en el escenario, en el prado verde y en el cielo azul. Y así, al fin, se deleita en la ilusión como en una innegable realidad. No importa su risa. La madre Grecia ríe eternamente. Porque la risa de Rosarito no debe igualarse á la del matrimonio adiposo. Buena prueba, que los orondos burgueses se aburren y amoderran por último, en tanto la mujercita, ya interesada en el espectáculo, atiende con los ojos muy

abiertos. En la pareja de millonarios su desdén significa plebeyez consolidada por la seguridad que da el tener mucho dinero. Y tú, Rosarito, eres como los niños, que á un tiempo rechazan y comprenden todo.

Rosarito, anoche te ví en el Real. Tus cabellos rizosos, tus pupilas alegres en su timidez, tus labios, como dos pétalos de geranio, componían á maravilla con tu vestido de tules escarlata, con aletas y llamaradas de los volantes, y del que escapaban unos bracitos sonrosados, como dos ramas de almendro en flor. Tu cara y tu *robe*, picarescos y humildes, eran como una sola travesura de colegiala.

¡Oh, una cordera engalanada para una pastoral de abanico, no parecería más simple y más conmovedora!...

Cordera, sí, cordera. Y anoche me pareciste más cordera que nunca... ¿Recuerdas? Estaba vacía la butaca de tu derecha, y vino á ocuparla tu protector... Un señorón, con los blancos cabellos engomados, con el *monocle* bailando sobre su chaleco impecable, con su fofa papada... ¡Infeliz cordera, que vas á ser devorada por el lobo!

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

DIBUJO DE LEANDRO MEDINA

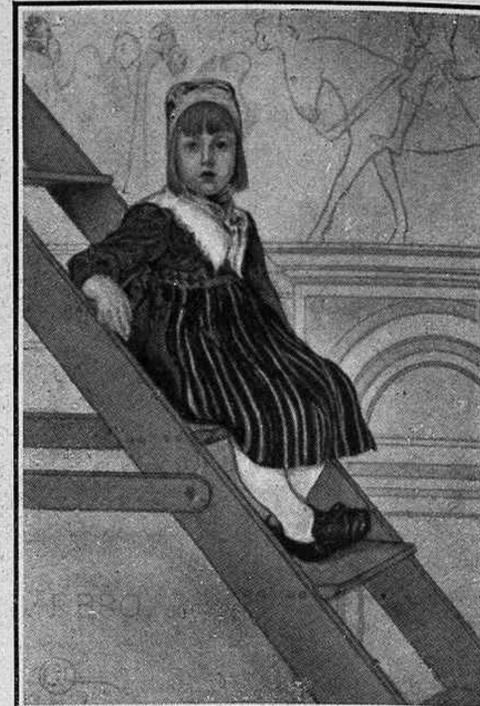
EL SEMBRADOR DE ALEGRÍA
LARSSON Ó LA FELICIDAD DOMÉSTICA



"Mi hija"



"La co:ación"



"Mi hija"

DENTRO de la pintura escandinava, tan varia y tan sensible, Carl Larsson enciende el fulgor casto de la lámpara familiar y lanza á los campos las claras risas filiales.

Hagan los unos la epopeya rústica de nuestros días, los rostros y actitudes de agrícolas y labriegos; fijen los otros los vuelos pálidos de las aves nórdicas; retraten éstos hombres y mujeres de la ciudad, con los tumultuarios espectáculos ciudadanos; detengan aquéllos, con una melancolía filosófica, su mirada frente al silencio mágico de los fiordos amados del agua y de la nieve. Carl Larsson, mientras tanto, iba glosando la humilde alegría, el cotidiano regocijo, la doméstica felicidad, en fin...

Toda su obra está ligada al amor de los suyos; de los padres sexagenarios y de la esposa. Sus cuadros son los anales de su familia.

Siempre los hombres del Norte, altos, blancos, rubios, con los ojos azules y la verba serena, tienen más que los hombres del Sur, menudos, morenos, con los ojos caoba y la palabra impaciente, el sentimiento plácido del hogar. Sus largas invernales les refugian entre las paredes fuertes, las puertas dobles, las cortinas espesas y el fuego propicio, con algo de fraternal en su fulgor y caloría. Y se

acostumbran á ver crecer los hijos á decorar los muros con telas alegres que sonrían á los ojos, á tocar los instrumentos graves cuyas cuerdas buscan los resortes cordiales, á celebrar las fiestas de la tradición nacional y de la tradición familiar con las comidas plenarias donde los vinos, al conjuro de las luces, fingen vitrales místicos y gemas paganas.

Carl Larsson ha pintado esto de un modo único, con una exclusividad entusiasta y sencilla.

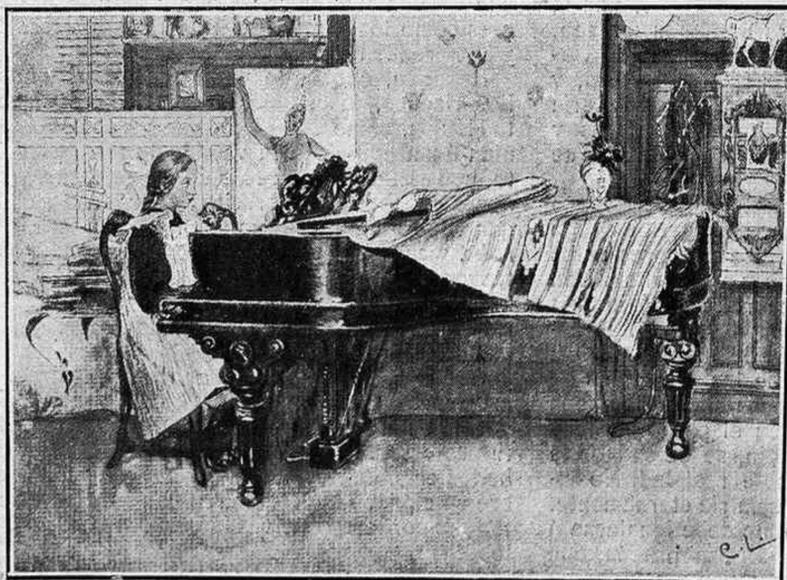
Y sin embargo, si tal vez pudo Carl Larsson pensar en algo más que en su propio goce al pintarlos, fué en los despojados ó en los apartados de cuanto en sus cuadros se exalta y eterniza. Como un ejemplo, como un dulce reproche á los que van por rutas distintas, les invita sonriendo: «Entrad, ved mi hogar. Y luego haced que el vuestro sea como él, tranquilo, claro y fecundo.»

Carl Larsson vivía en las cercanías de Falun, en su enorme casa de campo de Sundborn. Esta casa tiene un nombre extraño, que la ennoblece, de prosapia agraria. Se llama *Spad-ar-fvet*, que en sueco quiere decir *La herencia del azadón*.

Como Anders Zorn, de padres campesinos, Carl Larsson no renegó tam-



"El pequeño héroe y la reinécita"



"En el piano"



"La alcoba infantil"

Cuadros del pintor sueco Carl Larsson

poco de los suyos, sometidos al trabajo humilde. Quería incluso recordarlo siempre á los que entren en su casa y en su obra.

Nació en Estocolmo, el 28 de Mayo de 1853. Su niñez se ha perdido. No queda glosada en lienzos frescos y acuarelas como las de sus hijos. Acaso precisara, para ser descrita, el contraste áspero del aguafuerte, de unos grabados crueles donde se vieran los suburbios pobres de la ciudad, las casas leprosas, las fábricas urentes, las calles tortuosas, y entre la nieve sucia, pisoteada, esas siluetas negras, zizagueantes ó rígidas de ebrios y pordioseros. Carl Larsson asiste á la escuela pública; luego entra de aprendiz en una fotografía; después, ya adolescente, empieza á dibujar caricaturas para la revista satírica *Kaspen*.

¿Cómo eran estas caricaturas? Eran tipos cómicos, escenas divertidas, episodios ingeniosos y regocijados. El futuro apoloquista de la vida familiar, al que habían de nombrar los críticos «Chardin escandinavo» y «Sembrador de alegría», dibujaba sin rencor.

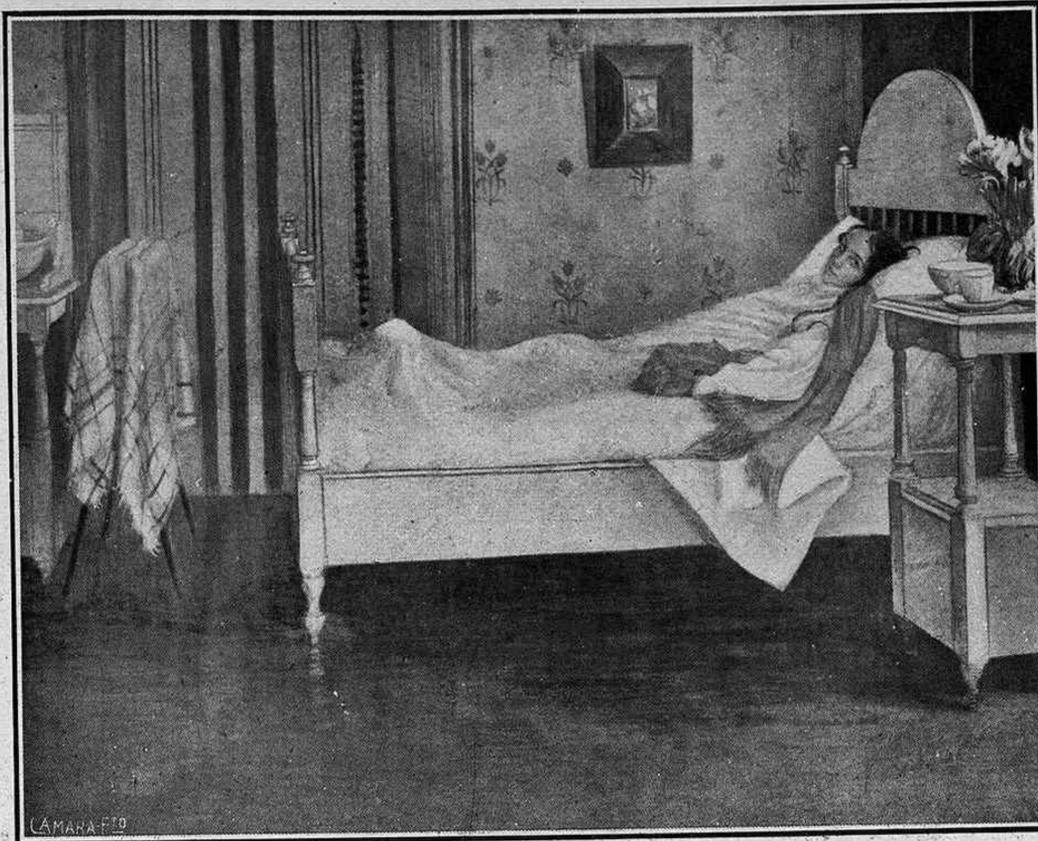
Pronto fué popular y pudo ingresar en la Academia de Bellas Artes de Estocolmo, trasladarse después, en 1876, á París, y simultanear su labor de caricaturista é ilustrador de revistas y libros con la pintura de cuadros, que obtienen elogios y recompensas franceses.

Siempre Francia es la nutriz de los artistas. París ejerce primero una atracción fecunda, luego otorga una consagración perdurable.

Sin embargo, Carl Larsson no se deja contagiar demasiado. A Francia le debe sus primeros triunfos: el conocimiento en Grez, el año 1880, de Karin Bergoo, la que había de ser su esposa; en París obtiene su famoso tríptico de la galería Furstenberg—conservado hoy en la escalinata del Museo Nacional de Estocolmo—, la medalla de oro. Pero...

Carl Larsson ama su patria, y más concretamente *Spad-arfvet*, donde empieza á andar á gatas su primera hija; quiere pintar la luz, los rostros, la naturaleza de Suecia, y más concretamente á su familia, en la calma afable de Sudborn.

Y es á partir de la reintegración al hogar cuando la obra de Carl Larsson em-



“La convaleciente”

pieza á destacar el carácter definitivo de su domesticidad feliz. De los años de ilustrador y dibujante conserva el sentido de la decoración. Significan una gran disciplina para las grandes decoraciones murales, el arte rápido de la ilustración.

Enseña á componer, á estilizar, á relacionar los tonos complementarios. Los más admirables decoradores alemanes, austriacos é italianos se han formado así, como Carl Larsson.

Su obra capital en este género es el tríptico que le encargó Pontus Furstenberg el año 1886, y que se compone de tres grandes composiciones decorativas: *El renacimiento*, *El arte rococo* y *El arte moderno*.

Terminados estos tres grandes lienzos le que-

rillos, blancos, grises, de una transparencia, de una diaphanidad extraordinarias.

Para deleite de los ojos y caricia del corazón, Carl Larsson va otorgando á los ajenos lo que contemplan sus ojos de la mañana á la noche, y lo que estará dentro de su corazón hasta que muera.

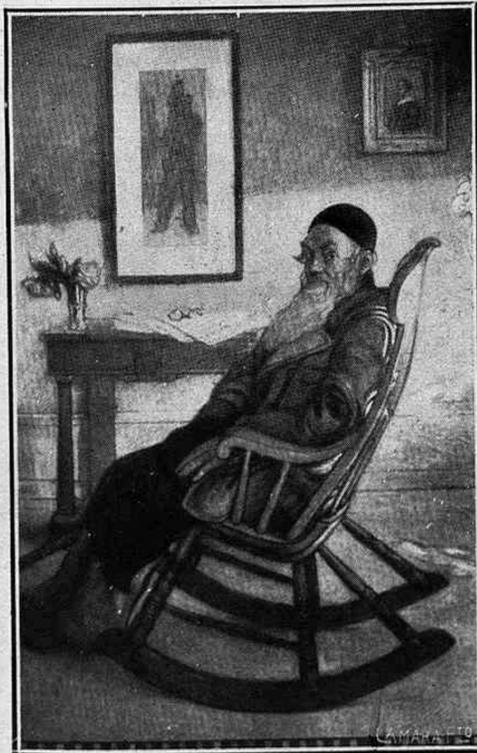
ooo

Carl Larsson muere á los sesenta y seis años. Sus hijos ya estaban instalados en la vida. Algunos habían contraído matrimonio y otorgaban al pintor nuevos modelos infantiles.

¿Imagináis hasta qué punto debía ser grato para el artista revivir toda la vida pretérita, sin más que contemplar los lienzos pintados en 1885, en 1890, en 1900, en 1905, ó pasando con la mano temblorosa las hojas de *Ett hem*, á esa hora sugerente y melancólica y en ese estudio donde él retrató las manos de la amada en un crepúsculo lejano para titular el cuadro simplemente *La tarde*?

El reposo de aquellas manos cruzadas sobre la mesa donde se mustiaban unas flores era el reposo bien ganado de Carl Larsson.

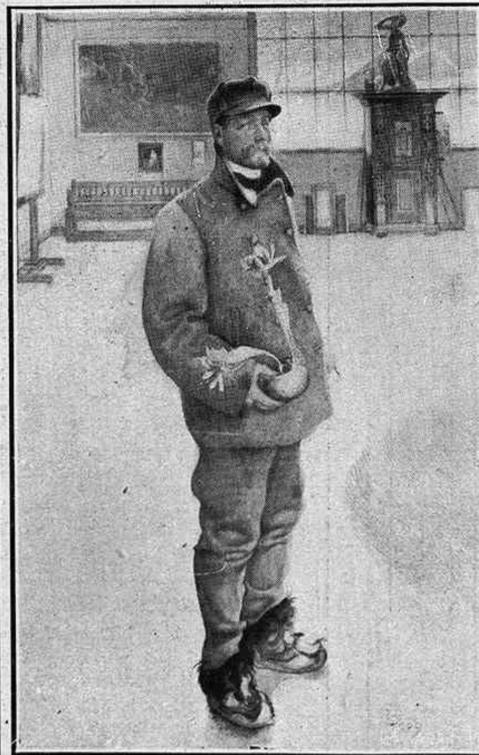
SILVIO LAGO



“Mi padre”



“Mi familia”
(Cuadros de Carl Larsson)

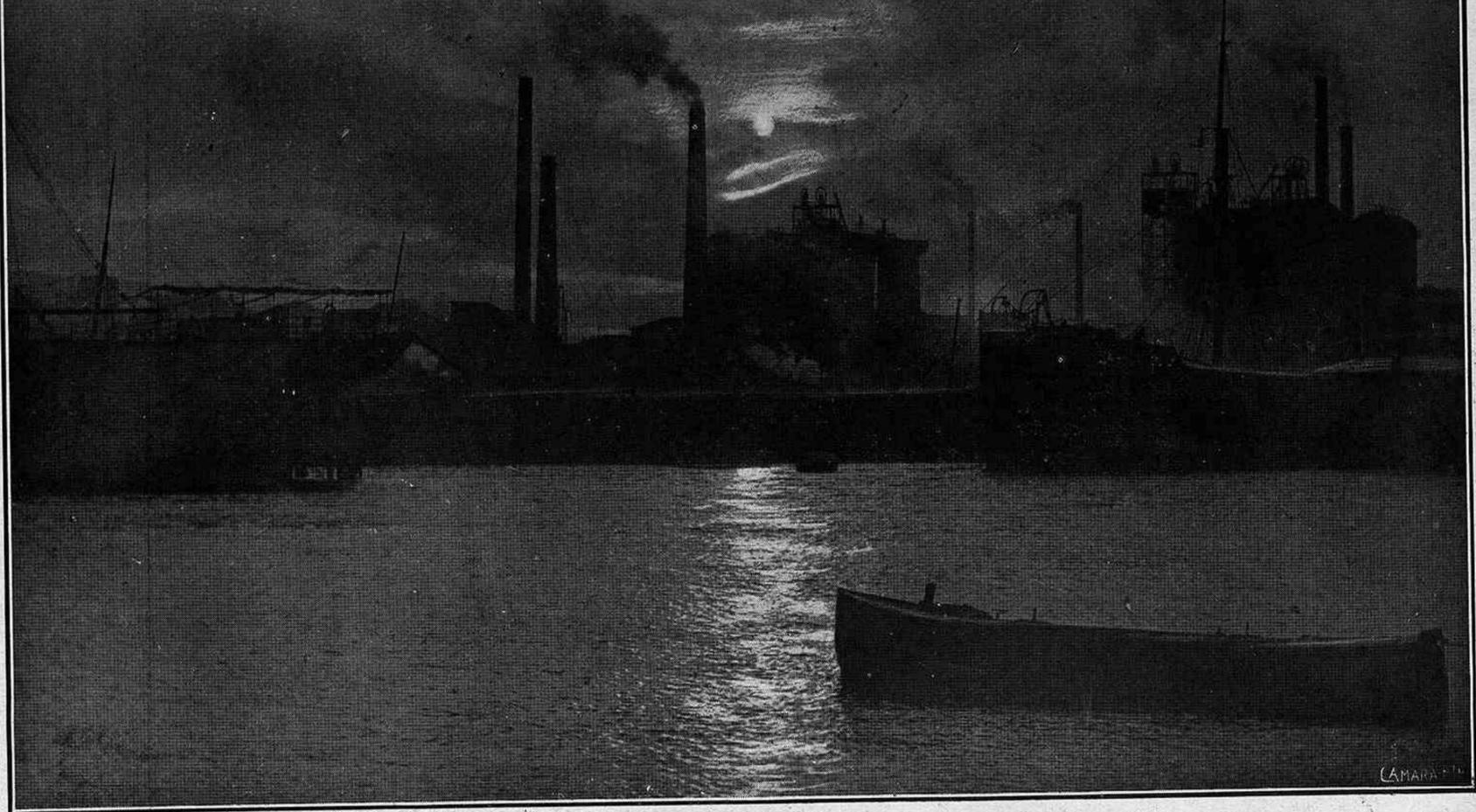


“Autorretrato”



La plaza de San Sebastián, de Antequera (Málaga). Al fondo el castillo
Fot. Hielscher

De la España Universal BILBAO CIUDAD DEL MUNDO



... Luego se alzaron los Altos Hornos, y la edad del hierro trajo en pos de su labor el fruto de la edad de oro...

EL COSMOPOLITISMO

HAY ciudades que son de un país y que sólo pueden ser de ese país... Un genio de aquellos que al través de las «Mil noches y una noche» transportaban a los héroes de la quimera desde un extremo del mundo hasta el otro extremo, podría arrancarnos de nuestro centro y abandonarnos a su antojo en cualquiera ciudad de esas que son de un país y sólo pueden ser de él... Abriríamos los ojos, pasado el vértigo, y mirando en torno nuestro, y recordando viajes, fotografías ó «films», afirmaríamos inmediatamente: España... Holanda... Rusia...

Pero hay otras ciudades que logran emanciparse del suelo sobre el que arraigan... Tienen una nacionalidad oficial que en todos los órdenes y aspectos de la vida no es más que aparente, y que sólo es efectiva en el orden administrativo, lo que vale tanto como decir al margen de la verdad, en los embrollos de la farsa.

Esas ciudades son cosmopolitas... No son ciudades de tal ó cual nación, sino del mundo... Y si el genio de las «Mil noches y una noche» de maravilla nos abandonara en medio de una de esas ciudades, por mucho que observáramos en torno nuestro no lograríamos inmediatamente deducir nuestra situación; sólo acertaríamos a leer en el cielo las distancias que podrían separarnos, respectivamente, del trópico y del Polo...

Bilbao es una de esas ciudades mundiales: no es sólo nuestra, sino de todos los hombres; está al paso de todos los caminos de la tierra, porque se asoma a todas las rutas del mar, y acoge en su espíritu y refleja en su rostro todas las vibraciones ideales y cordiales de la Humanidad...

EL TRABAJO

Allí se trabaja mucho, hogaño, en plena prosperidad; pero esa prosperidad no vino sola, y para labrarla se trabajó antaño mucho más...

La ciudad luchó contra un destino que parecía adverso, y hubo de vencer com-

petencias que amenazaban con ruina... La ciudad estaba asentada sobre su propia riqueza, con los cimientos hincados, como garras, en el tesoro de su porvenir; pero ignoraba lo que asían las piedras de su lares, y, vueltos los ojos hacia el mar, aguardaba de lo remoto una incierta fortuna...

Mientras llegaba esa fortuna, la ciudad escribió su epopeya en las orillas de su ría y en los malecones de su puerto... Luego se alzaron los Altos Hornos, y la edad del hierro trajo en pos de su labor el fruto de la edad de oro...

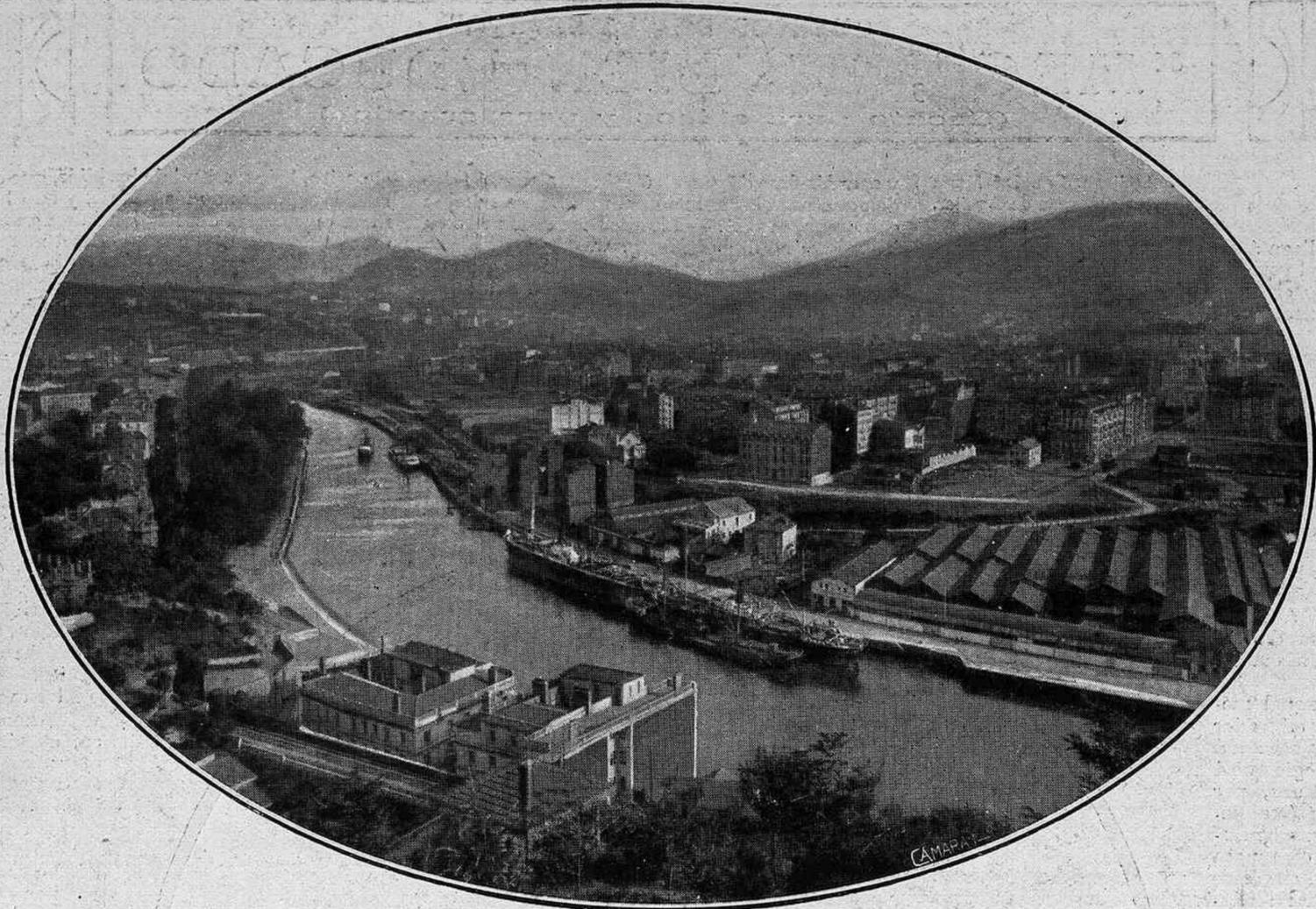
... Los cimientos han averiguado lo que agarran, y las piedras de los lares, arrancadas á su alveolo centenario, muestran desnuda y ofrecida á los hombres la entraña fecunda, la entraña roja del mineral...

... Allí se trabaja mucho. Trabajan los brazos, trabajan las inteligencias, trabaja el dinero, que se trueca en audacias y en prodigios, y que no duerme el sueño monstruoso de egoísmos y de inercias que, al través de los siglos, paraliza al dinero castellano...

... Allí trabajan los ricos al igual que los pobres; la iniciativa de los de arriba da pan á los de abajo, y el esfuerzo de los de abajo crea millones para los de arriba; esto no es todavía, ni mucho menos, un ideal de justicia ni un equilibrio social estable; pero es algo más y mejor que la indiferencia suicida con que los grandes capitalistas españoles de la España vieja ven morir de hambre á las gentes en las ciudades y en los campos, sin hacer nada, sin emprender nada, sin arriesgar un ochavo en nada que pueda remediar la miseria abominable del pueblo.

La ría de Bilbao, surcada por buques de todas las nacionalidades en incesante ir y venir, y con sus dos orillas animadas por la vida industriosa y febril de los altos hornos, de las fundiciones, de los astilleros y de las minas, es espectáculo que asombra y que inclina á reverencia; es, hecha realidad en el tiempo de ahora, la visión que nuestra fantasía esperanzada quisiera para la España grande, fuerte y justa del porvenir... Y dejadas á un lado estrecheces de criterio y exclusivismos, mucho más patrio-





La ciudad escribió su epopeya en las orillas de su río y en los malecones de su puerto

teros que patrióticos, hemos de reconocer, como verdad patente, que un Chávarri y un Sota son colosos de la acción y que junto á ellos se empequeñecen hasta no parecer más que pigmeos de la intriga los hombres á quienes la farsa madrileña da papel de patricios y categoría de ilustres...

LA INTELLECTUALIDAD

La vida intelectual no es en Bilbao consecuencia de la prosperidad material. No son allí la ciencia, la literatura, el arte, la erudición, cosas nuevas que hayan venido de la mano de la riqueza á modo de entretenimientos buscados para los ocios de quienes tienen ya seguros—dentro de

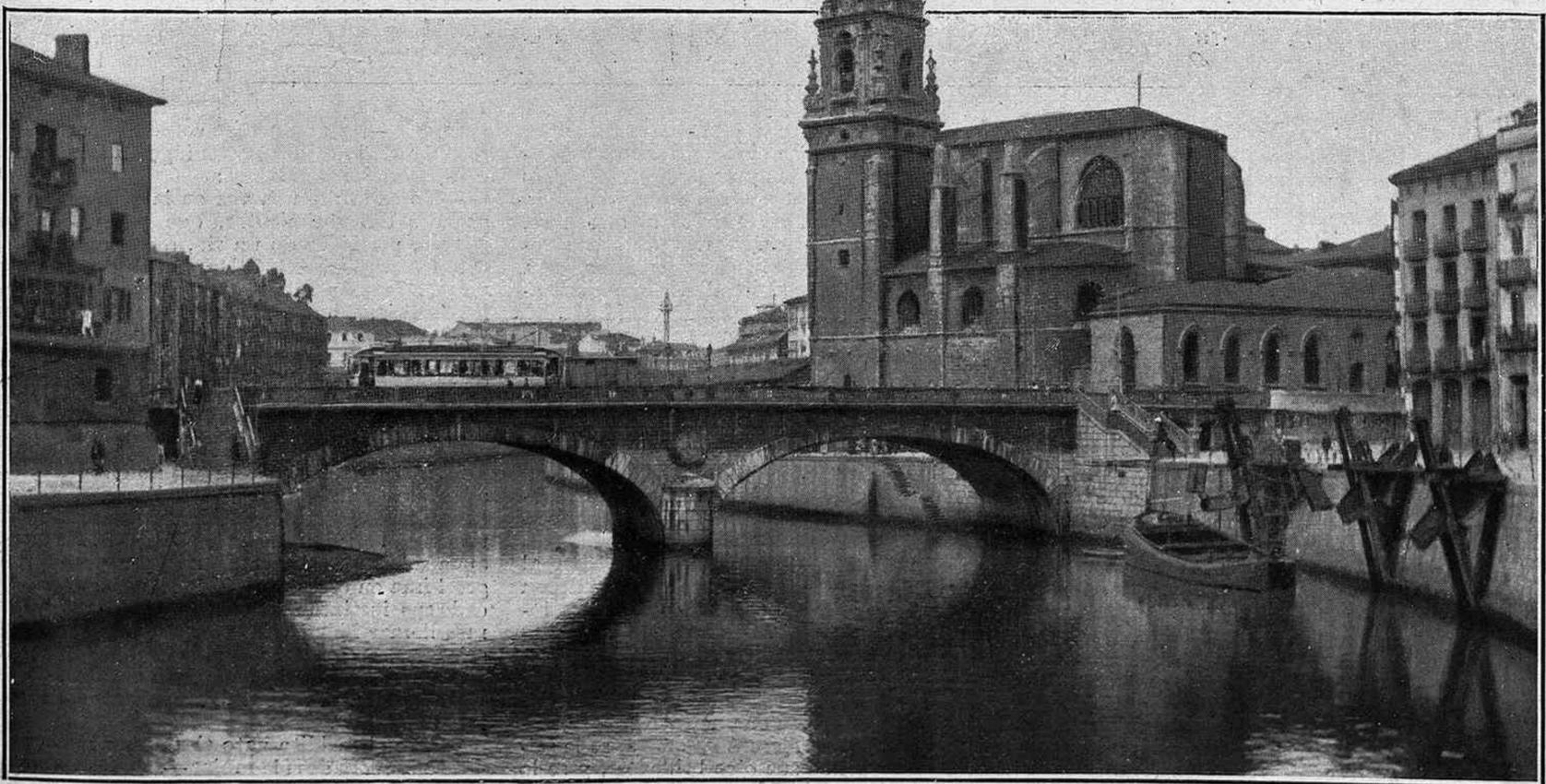
la incertidumbre humana—sus destinos, y los destinos de sus hijos, y los de sus nietos...

Bilbao, la ciudad de hoy, heredó un abolengo espiritual, legado por la ciudad de ayer; un abolengo viejo y noble como su blasón... Pero han recogido esa herencia muchachos que nacieron y que viven junto á la inquieta y mudable inmensidad del mar, y que, por lo tanto, no pueden tener los ojos del alma vueltos hacia las cristalizaciones, hacia las ruinas, hacia las cosas perpetuas é inmóviles de la tierra... Son mu-

chachos que reciben mejor y más deprisa que sus contemporáneos del interior del país las trasmisiones espirituales del mundo, y que se nutren de ellas muchos años antes de que esas mismas trasmisiones hayan sorprendido á España entera...

Por eso, por lo que tiene de universal la intelectualidad bilbaína, se ha separado de la raigambre castellana; ello no es un defecto: ello es una cualidad... Quizás el secreto de nuestro resurgimiento esté en esa fórmula: *olvidar todo nuestro abominable pasado; borrar de nuestros libros de enseñanza toda nuestra cruel historia, y aprender una vida humana y cordial, una vida nueva...*

ANTONIO G. DE LINARES



... Los cimientos han averiguado lo que asen, como garras, y las piedras de los lares, arrancadas á su alveolo centenario, muestran, ofrecida á los hombres, la extraña fecunda del mineral...

CUENTOS DE "LA ESFERA"
"MEC", EL BIEN EDUCADO
 (Cuento para chicos y para grandes)

A la Ilma. Sra. D.^a María Iruretagoyena de Aguilar.

Si no llega á ser por una bendita catástrofe, aquel pato habría concluído con el bien ganado crédito pedagógico de su criador y dueño, excelente maestro de instrucción primaria.

El pato era... eso, un simple pato, muy honesto, de bonísimas intenciones, muy dócil, y de la casta más vulgar, y no digo corriente, para que los aficionados á jugar del vocablo no me recuerden que de correr ni de volar no pueden dar lecciones tan torpes aves como estas palmípedas, en domesticidad.

Su dueño era el maestro de escuela de un feo lugarón situado al pie de unas montañas pirenaicas, á unos centenares de metros de un caudaloso río.

Tenía aquel meritísimo educador la misma afición á la Pedagogía que á la Avicultura, por creer que ésta podía ser complemento de la otra, para dar á los escolares lo que mal traducido hemos aceptado llamar «lecciones de cosas», y por saber que con el solo ejercicio de la primera ciencia echaría pocas gallinas en el puchero ni probaría muchos pollos al año...

Imagínese, pues, su júbilo una mañana, al recibir de manos del tendero, que acababa de regresar de Barbastro, una cajita con media docena de huevos de pata que para incube enviaba un amigo. ¡Con las ganas que le atormentaban de poseer unas palmípedas, sobre todo cuando leyó en un diario que no necesitaban más agua que la de un barreño, y aun la de una pavera, donde pudiesen remojarse de vez en cuando la tripa... ¡Ah! ¡El baño!... Si no para aficionarse á sus estudiantes á semejante refinamiento — vana utopía —, le servirían los patos para inculcar á la chiquillería un higiénico amor al aseo personal.

Porque los conejos, con su deplorable costumbre de lavarse la cara con las zarpas, después de estornudar sobre ellas ó de restregárselas contra las húmedas narices, y las palomas, cuya afición á bañarse ignoraba, y las gallinas, con sus instintos de pulveratrices, que las hacían revolcarse en la tierra ó en los montones de estiércol, no le parecían el más adecuado ejemplo para aquellos desastrados, más propicios, por atavismo, á meter las manos en la tierra que en el agua.

Aún recordaba el buen dómine que una vez, al reprender al hijo del alcalde porque después de limpiarse las narices con los dedos se los había enjugado, frotándolos contra el suelo, obtuvo esta ingenua réplica:

—Pos con lo mismo se limpian las gallinas... Y bien que las alababa usted. La cosa es ir limpio. ¡El modo no importa!...

Estupefacto ante aquella paradójica interpretación de sus enseñanzas, el profesor no supo replicar sino con un refrán:

—Juanico, Juanico... No es por la pera, sino por la manera... Me lo has oído muchas veces —

y acordándose de que el *Corán* prescribe, á falta de agua para las abluciones, una buena fricción con arena, añadió: — Lleváis sangre de moro en las venas; no lo podéis negar...

Pero ahora, con los patitos que le nacieron de aquellos huevos, podría mostrar un saludable ejemplo de afición al agua.

¡Con qué emoción los dió á incubar á una clueca, junto con otros seis de gallina, para completar la echadura!

¡Y qué desengaño luego al no obtener más que un patito!...

ooo

El maestro no tenía ojos ni mimos sino para el patito, el cual parecía una oblonga y blanda

el patito, la ingratitud de los hijos, que desoímos las advertencias de los padres, y aun les causamos con nuestra desobediencia un gran dolor y un cruel sobresalto, por atender á nuestros apetitos; apetitos que llega á domar la Educación...

Y después de explicar extensamente en qué consistía la Educación, cogió al *Chinito* — así empezó por llamar al pato — y lo echó al agua, en la convicción de ver cumplida la recién hecha profecía. Pero...

—Pero ¿qué casta de bicho es éste? — exclamó sorprendido.

No había para menos. El patito, fuese por falta de costumbre, fuese por la sorpresa ó por temor de verse separado de sus compañeros, comenzó á piar desesperadamente, á debatirse con toda la violencia de quien se cree víctima de un horrible atentado. Sus ojillos expresaban un terror pánico.

El maestro se volvió hacia la clueca, esperando el arranque de amor maternal. El amor de las madres, que no faltaba nunca...

Pero entonces falló. La clueca, ocupada en escarbar y entretenida en desenterrar huevecillos y larvas de insectos para golosina y nutrición de sus hijitos, que la aturdían, rebullendo, piadores, bajo sus patas, maldito lo que parecía importarle del mísero que piaba, aleteaba y pataleaba desesperadamente por salir del barreño. Temeroso el maestro de que el susto y el remojón dañasen al *Chinito*, lo cogió como pudo y lo depositó en tierra firme.

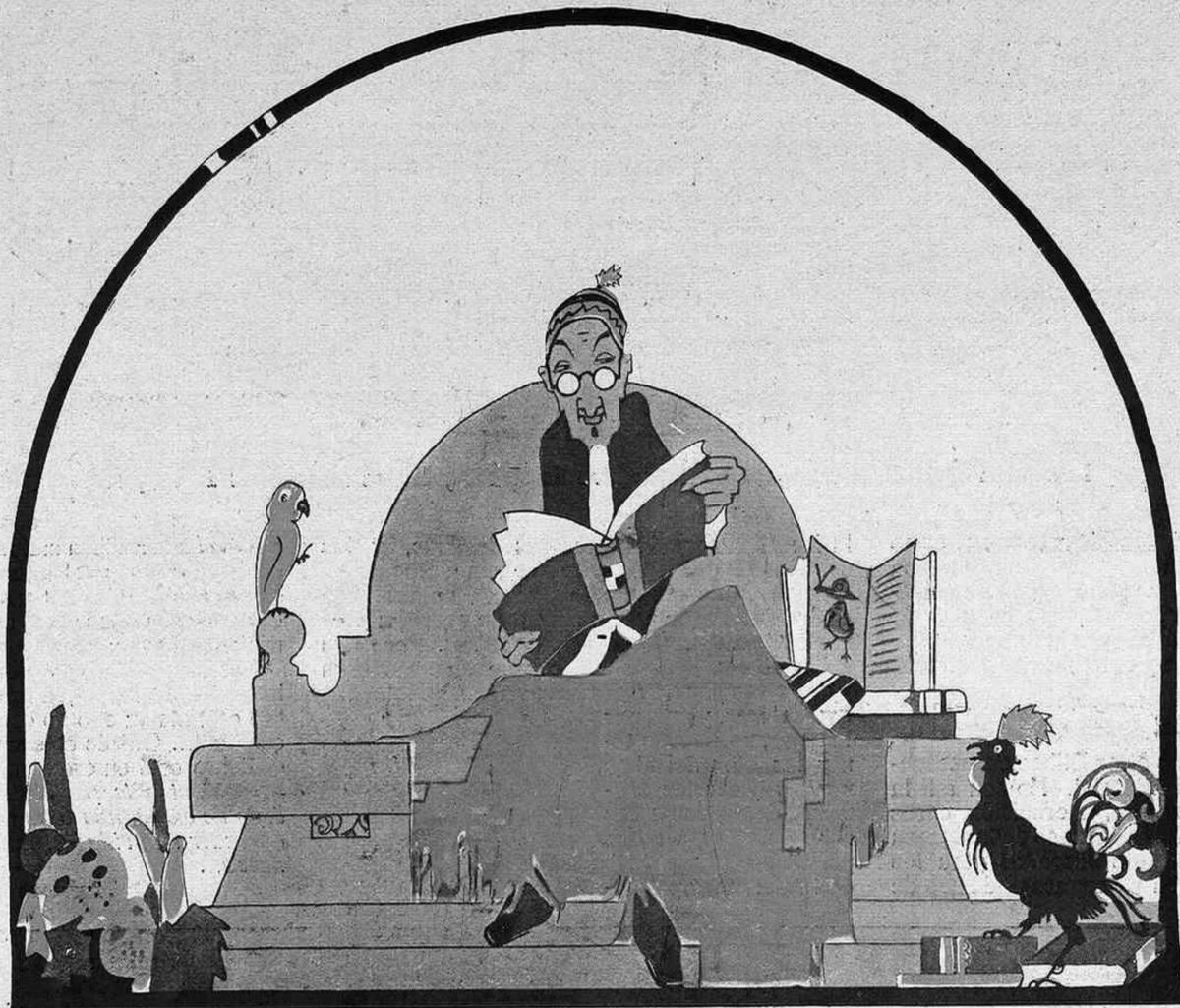
Luego, para sacudirse lo ridículo del fracaso de la experiencia, llevóse á

los niños — que no podían contener la risa — al interior de la escuela, y su ingenio le proveyó estas salvadoras palabras:

—No es la primera vez en la historia de los grandes descubrimientos, que por una experiencia, persiguiendo un fin, se ha topado con otro inesperado. Así, Colón, buscando un camino más breve para los navegantes, tropezó con las Américas, no sospechadas por él, y que habían de immortalizarle y colmar de gloria á España. Así, nosotros hemos descubierto una cosa en el *Chinito*, distinta de la que esperábamos. Consideren ustedes los portentosos efectos de la educación: ese animalito ha permanecido quince días encerrado con sus compañeros de pollada. Ha visto que ellos y la madre no empleaban el agua sino para beber; probablemente, porque los animales, sépanlo ustedes, también hablan, tienen su lenguaje, les habrá oído afirmar que el agua solamente sirve para beber, y que es peligrosísima en otros usos. Y la Educación ha trocado sus instintos hidrófilos en otros que podremos llamar hidrófobos: el agua, elemento para solazarse, en el cual nació, le da horror... ¿Qué pasa?... — preguntó en brusca transición, interrumpiéndose al ver entrar á su esposa como una furia en el aula.

—Que el maldito pato tiene muy mala pata — gruñó fuera de sí la mujer —. Que te has dejado el barreño ahí fuera ¡y se han ahogado dos pollitos!...

El chico del alcalde acabó de anonadarle,



morcillita forrada de un plumón amarillento, con cara de chinito, con el mango de una cuchara de palo por narizotas y unos ojillos oblicuos entre pícaros y escamones. Sin embargo, ¡hado fatal!, la primera vez que lo soltó al aire libre, después de haberlo tenido una quincena recluso en un cuarto ventilado y caliente, para que ni el aire frío ni las humedades lo perjudicaran, le ocasionó ¡tres catástrofes seguidas!...

Habíale dispuesto para que se solazase — y, ¡á qué negarlo?, para que le solazase, que no en balde era avicultor —, un barreño, al que había adosado un tablero que le sirviera de trampolín para lanzarse al baño, y otro dentro del agua para que pudiese cómodamente abandonarle cuando le conviniese.

Hizo salir á sus discípulos para que presenciasen las dos primeras «lecciones de cosas» que con el baño del palmípedo se proponía darles.

—Verán ustedes — les dijo — la afición al agua, el amor á la limpieza, espejo donde deben ustedes mirarse, de un animalito ¡en plena infancia! Y al mismo tiempo presenciaron ustedes una manifestación del amor maternal. La clueca que lo ha traído á este mundo con su amoroso calor de madre, aterrada al ver á su hijito flotar en el agua, le creará en un grave peligro, erizará su plumaje, enrojecerá su cresta, se le saltarán de las órbitas sus ojos brillantes, y se le verá dar vueltas, gritando espantada, alrededor del barreño, llamando al patito para que se ponga á salvo... Y verán ustedes, al no querer salir

gritando desde su asiento, con toda la lógica y la socarrona ingenuidad de la niñez:

—*Señá maestra, no se han ahogado por culpa del barroño, ¡sino por mal educaos!*...

El profesor, rojo como una guinda, quedó sin saber qué replicar. ¿Tendría razón su esposa y traería mala sombra el patito?

Por culpa del *Chinito*, en pocos minutos, su puntillo de honra profesional había padecido en los dos ejemplos frustrados de amor al aseo y de amor paternal, y, lo más sensible, ¡su estómago contaba con dos pollos menos!... Es decir, ¡tres catástrofes: dos como pedagogo y una como gastrónomo!...

ooo

Sin embargo, no desistía de que el pato siguiera sirviéndole para demostrar a sus escolares la importancia y la fuerza incontrastable de la Educación. Cuantas veces lo echó al agua, demostró el *Chinito* el mismo terror pánico, debatiéndose aturdidamente para buscar desde las orillas del barroño cómo saltar a tierra firme.

Para satisfacer su instinto, bastábale al animalito con mucho menos que el baño: echábase delante del bebedero, que era de los llamados higiénicos.

Después de echado, chapoteaba largo rato con el pico en el agua, y hacía toda clase de enjuagues, gachupeos y porquerías, hasta sorber el agua é ir derramándola por las comisuras del pico en dos chorros ruidosos como grifos, con lo cual ponía el piso perdido de humedad.

Y luego, echado sobre la tripa, estiraba las patas hacia atrás y las agitaba cual si remase regocijadamente á su antojo en el más anchuroso y poético lago.

Otras veces, después de un pienso copioso, para dormir la siesta en el mismo sitio donde los demás pollitos acababan de revolcarse, la ilusión subconsciente del instinto haciale también quedarse tendido todo lo largo sobre la tripa, con los ojillos entornados; pero con las patitas dobladas hacia adelante y recogidas debajo de las alas, como si estuviese flotando adormilado y ensoñador en un estanque de plata, bajo un sol de oro; posición á la cual le faltaba solamente cruzar los dedos, para semejar un canónigo dormido en el coro con las manos cruzadas beatíficamente sobre la barriga.

—*¡Anda!* —exclamaban los muchachos ante aquellas actitudes—. *¡Está nadando en seco!*

—*¡Sí, hijos míos —añadía entonces el magister—; vean ustedes cómo influyen en la doma de los instintos el lenguaje de sus compañeros, las costumbres de la sociedad en que vive, la Educación, en fin, ayudada de la ejemplaridad, porque no les queda duda á ustedes: aquella desgracia de los dos pollitos ahogados no la ha olvidado él ni yo, ¡ay!, y le ha servido de escarmiento. Su madre, la clueca, le habrá dicho seguramente: «¡Oh, el agua!... ¡Lo ves como nada hay más peligroso, después de las aves de rapiña?... ¡Si hasta los amasijos que nos sirven para comer son dañinos si tienen demasiada agua!...»* Y el patito, educado en tal escuela, no echa de menos el agua si no es para saciar su sed. También es esa la obra de la Educación: reducir las necesidades propias. Como ven ustedes, ¡este pato está muy bien educado!

—*Si yo pusiese el piso como el pato con sus gachupeos —exclamó el hijo del alcalde—, ¡ya me pondría usted bueno, de guarro y de mal educao!*...

¡Diablo de muchacho y diablo de patito, que parecían aliados para contradecir la filosofía del profesor y desconcertarle!... ¡El, que se había alegrado de poseer unos patitos, para mostrar á sus educandos sanos ejemplos de amor á la limpieza, se encontraba con que el individuo de que había de servirse para la experiencia, se las

componía siempre para motivar deducciones opuestas al fin que perseguía!

Aún no había concluido este pensamiento, cuando el mismo chiquillo, que debía llevar piel de Barrabás, según lo listo que era, exclamó con toda lógica y con toda socarronería:

—*Señor maestro, nos ha contaos usted antes lo de la manzana podrida que corrompió á las otras sanas. ¿Cómo ha pasao al revés aquí? ¿Cómo es que el *Chinito* no ha vuelto nadadores á los pollos, y además ha dejao de serlo él? —y como temiese la mirada fulminante del maestro, acabó de arreglarlo, recogiendo velas, así:—Ya, ya me lo explico: porque el peligro de corromperse sólo existe para las camuesas y los *camuesos*, pero no para quien tenga educación.*

Tragóse el paquete el maestro, por no perder más aún, y corroboró resignadamente:

—*¡Sí, hijos, sí. La Educación es un arma que nos defiende de los demás y de nosotros mismos.*

Y en seguida decidió alejar al pato con toda la pollada, que tenía ya dos meses, para evitar nuevas derrotas á sus teorías pedagógicas, y que los polluelos ocasionasen otras perturbaciones, como la de estar siempre dentro de la escuela, engolosinados por las migas de pan y los saltamontes y otros insectos que los chicos se divertían en arrojarles solapadamente, para verles perseguirse y pelearse, con grave quebranto de la pulcritud y de la seriedad del aula y de la disciplina escolar...

ooo

No podía habersele ocurrido peor idea para desacreditar ante sus convecinos y ante sus alumnos sus teorías sobre la Educación.

La pollada se alojó definitivamente en un corral que le había cedido el Ayuntamiento, á unos cien metros de la escuela, cuando le dió posesión de su destino. El corral tenía un edificio ruinoso, que le servía al maestro de dormitorio para sus gallinas, de palomar y de conejar, y aún le quedaban algunos cuartos para granero, almacén de forrajes, y enseres, muebles y utensilios inválidos. La honradez de la comarca garantizaba la seguridad de los animales y de los objetos allí encerrados, á pesar de la falta de vigilancia, sobre todo nocturna.

En aquel encierro, en aquel régimen semiintensivo, como decía el maestro hablando avícolamente, se crió y se desarrolló nuestro pato, á quien, por razón de su ronco graznido, sustitui-

para llevar la comida á sus huéspedes. Pero al cuarto... ¡imposible!... El río, transformado durante la noche en un mar enloquecido, rojizo y espumoso, se había desbordado con ímpetu tan avasallador, que después de inundar la vega, rugía á pocos metros de la escuela, y aun la salpicaba de cieno furiosamente, al chocar brutal de sus ondas imponentes y fragorosas... Los vecinos más viejos no habían presenciado nunca parecida inundación ni diluvio semejante...

El buen maestro se pasaba las horas asomado á los ventanales de la falsa de la escuela, mirando el corral lleno de agua y temiendo que la corriente se lo llevase, con el ruinoso edificio, río abajo, como al paisaje, que parecía deslizarse con tal rapidez que llegaba á marear...

El primer día de la inundación no se alarmó mucho por sus bichos; se habrían subido al carcomido y polvoriento pesebre de la casucha, cuya cuadra carecía de puerta, ó habrían trepado escalera arriba, y no temía que se ahogasen. ¡Creía en el instinto de conservación!...

Pero á las cuarenta y ocho horas, cuando advirtió que no podría llevarles el alimento en unos cuantos días, se amilanó y los dió por muertos á todos, menos al pato, de quien le decían en broma sus vecinos:

—*Si no se lo ha llevao la corriente, ¡qué panzadas de nadar y de pescar se estará dando *Mec!*!*...

Más le habría valido que el río se hubiese llevado, como nueva Arca de Noé, la casucha con todos los irracionales moradores. Porque...

¡Vieron un cuadro desolador!: conejos ahogados en las madrigueras; en un rincón del patio, tal vez por haber querido, atrevidos, huir; y en los pesebres, rígidos y esqueléticos, yacían gallinas y pollos, víctimas de horrible muerte por hambre...

—*¡Qué catástrofe!* —exclamaba lastimosamente el secretario del Ayuntamiento.

Sin embargo, la verdadera catástrofe puede decirse que fué poco después, cuando el hijo del alcalde, cuya única preocupación era la suerte que hubiese podido correr el patito en su lucha entre sus instintos de palmípedo y la educación recibida, lo halló, por fin, en un rincón de la escalera, inerte, rígido, tumbado sobre el lomo, mirando con ojos vidriosos á la altura, como preguntándola para qué se le había vuelto tan medroso para con el agua; con las patitas membranosas vueltas hacia arriba, cual preguntando para qué le había dado el buen Dios aquellos remos amarillos, que no le habían servido sino de estorbo para huir de las herejías que contra él intentaban sus compañeros del corral... El avieso chiquillo no pudo contenerse y gritó:

—*¡Aquí está, aquí está *Mec!*!... ¡El pobre *Mec!*!... ¡muerto de hambre, ¡por bien educao!*!

Si el pobre maestro no hubiese quedado desolado, mudo de pesar, ante su ruina avícola y su fracaso pedagógico, habría abrazado al chiquillo, en vez de castigarle, y le habría dicho estas palabras, que pugnaban por estallar en su pensamiento:

—*Si, tienes razón... No es inmoral la moraleja que has sacado de mi desdicha... ¡La Educación! ¡Y qué es eso? Yo creo educaros bien, como creyeron otros educarme á mí, y como muchos creen educar á nuestra Patria... Y á vosotros, y á mí, y á nuestra Patria, con la mejor intención nos han matado el instinto y nos han dejado indefensos, y nos han vuelto miedosos ante aquellas hazañas para las que fuimos creados... A bien que Dios nos perdonará á todos los que queremos educar, ¡porque es tan difícil dar una buena, una adecuada Educación!*...

E. GONZALEZ FIAL

DIBUJOS DE AGUSTÍN AGUIRRE



Calendario del Amor ■ NOVIEMBRE

EL Paganismo consagraba este mes á Diana, diosa de la castidad, de la caza y de los bosques, llamada Febea ó Luna en el cielo y Hécate en los infiernos.

La triforme diosa fué implacable con los que atentaban, en cualquier forma que fuese, á la honestidad. Prohibió terminantemente á las ochenta ninfas que componían su séquito que dieran oídos al Amor. Alguna que otra pobrecilla no pudo resistirse á las dulces asechanzas del hijo de Venus - ¿quién no sucumbe á ellas? - y fué terriblemente castigada por la fría deidad, como le ocurrió á la infeliz Calisto, convertida en osa.

Acteón, el joven y famoso cazador, yendo un día de caza, tuvo la mala fortuna de sorprender involuntariamente á la casta diva bañándose en el más oculto paraje de un río. Fué al punto transformado en ciervo y destrozado por su propia jauría.

Y, sin embargo, la cruel y rigurosa con los que pecaban por amor; la que hizo voto solemne de castidad; la que se vanagloriaba, en fin, de despreciar al más irresistible de los tiranos, enamoróse tan perdidamente de Endimión, que le dió... un hijo y cincuenta hijas, que ya es dar unas cuantas pruebas de cariño (1).

De donde puede deducirse este axioma: Así en el Olimpo como en la Tierra, nadie podrá nunca jactarse de no ser esclavo del Amor.

Noviembre, el

«Dichoso mes que empieza con los Santos y acaba con San Andrés».

resulta el más tristón de los doce hermanos; la Naturaleza se muestra hosca y sombría, yermos los campos, sin sol el cielo. En el ambiente flota un no sé qué de tristura que deprime y anonada.

Felizmente, la juventud sabe embellecerlo y alegrarlo; todo, máxime si amor se cobija en el pecho.

Mal mes el de Noviembre para el amador sensible y melancólico, que ha de violentarse para no aparecer al lado de la dama como un ciprés ó un sauce llorón junto á un rosal.

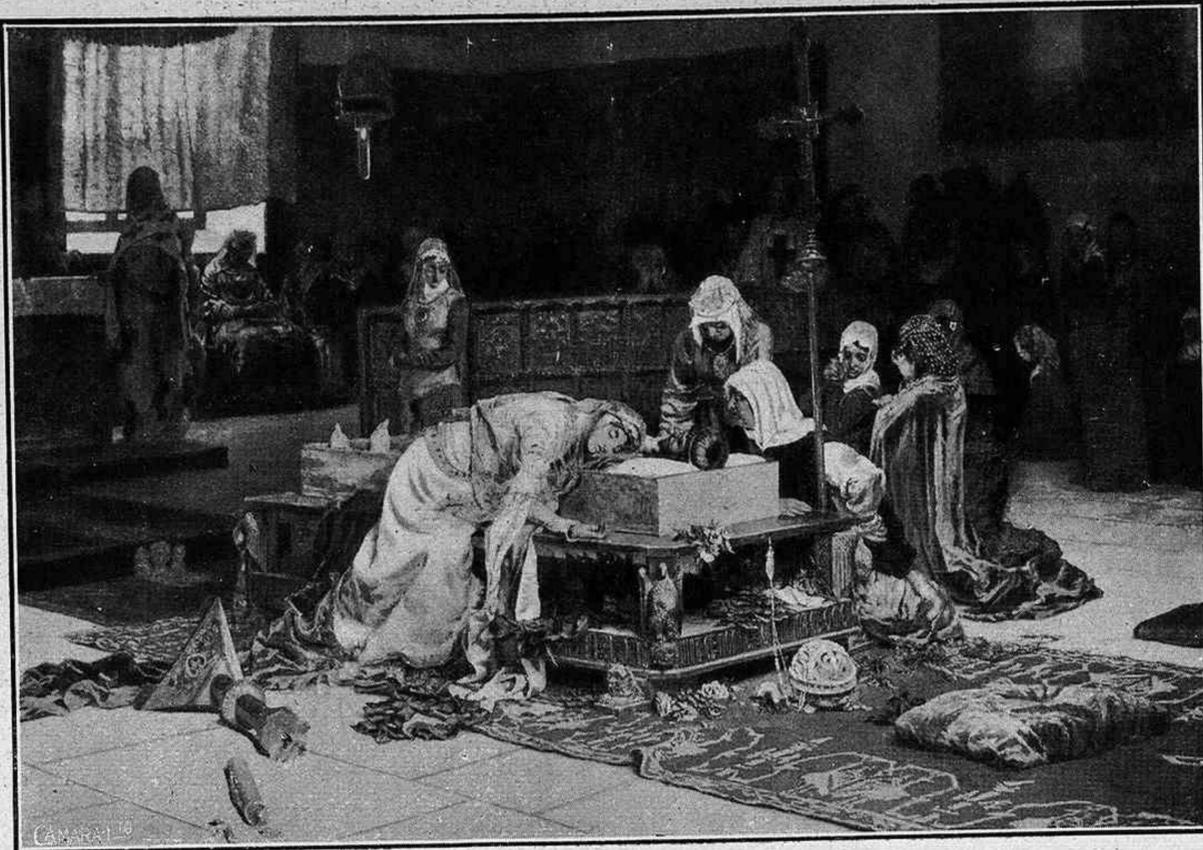
Estos novios maldita la gracia que les hace á sus Dulcineas. La mujer es atraída por quien consigue distraerla y hacerla reír. No se necesita que seáis tan regocijados como una obra de García Álvarez ó de Muñoz Seca; basta una chispita de gracejo para cautivar al ídolo; las jóvenes encuentran chistosa y ocurrente cualquier bobada, y la ríen como unas benditas.

Por *Todos los Santos* hace su aparición, que podemos considerar ya tradicional, *Don Juan Tenorio*.

Excusáos, como bienamente podáis, de acompañar á vuestro ídolo á ver el famoso drama.

En toda mujer hay una romántica;

(1) El hermoso Endimión, nieto de Júpiter, trató de poner en un brete al abuelo, atreviéndose á cortejar á la altiva Júpiter. Por tanta osadía y falta de respeto, condenóle el Tonante á dormir treinta años en una gruta que había en la cima del monte Latmos, donde le encontró Diana, en una de sus excursiones cinegéticas.



«Los amantes de Teruel», cuadro de Muñoz Degraín

posible es que arrebatada de entusiasmo por el desafortunado don Juan llegue á mirarlos, siquiera sea por un instante, con algo de lástima, como si pensara:

«¡No, Fulanito no es un don Juan!», y suspire inconscientemente: «¡Ni yo una doña Inés!»

Todas las comparaciones son odiosas, y más las que puede establecer entre lo real y lo imaginario la loca fantasía femenil.

El segundo día de Noviembre la Iglesia celebra la Conmemoración de los fieles difuntos.

En este día el cristiano está obligado á rogar á Dios por las benditas ánimas del Purgatorio y á practicar buenas obras. ¿Y cuál mejor, pío doncell!, que la de declararse «formalmente» á una linda muchacha? ¿No es loable intento sacar á una pobrecita ánima del purgatorio... de la soltería?...

Ya que no sea posible depositar una corona de asfodelos, la flor de los muertos, sobre las tumbas de los miles y miles de amantes que sucumbieron al amor trágico, dedicadles, amado-



«Diana y Calisto», cuadro del Tiziano

res, una oración. Y abstrayéndose de todo lo circundante y aun de vuestros propios pensamientos, recapacitad, que si Amor, como dijo el sabio rey, es más fuerte que la muerte, cuanto más intenso más de cerca le sigue el dolor, su compañero inseparable.

Desconsoladora es la lista de este martirologio, aun cuando de la misma sabemos únicamente de los que por su jerarquía social, sus méritos ó sus hazañas sobrepujaron al vulgo de los mortales, ó aquellos otros que creó el genio ó nos conservó la leyenda... Pero, ¡cuántos y cuántos inominados que se alistaron para la conquista de la felicidad en las huestes de Cupido! ¡Cuántos que juzgaron la amorosa empresa como

un leve pasatiempo ó una comedia distraída sufrieron la más acerba de las pesadumbres, á la que la Pálida puso piadoso término!...

Perdonad que el calendarista, influenciado por mes tan fúnebre, emplee el tono elegíaco. ¿Y cuál otro emplearía al rememorar las tragedias del amor, alma del mundo, como dijo el poeta, y gloria, infierno y purgatorio de todos los nacidos!...

Día 12 de Noviembre, *San Diego de Alcalá*.

Día 19, *Santa Isabel, reina de Hungría*.

Santos que evocan los más tristes amores que conoció la Cristiandad en la Edad Media, los de Juan Diego Martínez de Marcilla é Isabel de Segura.

La leyenda de los célebres amantes de Teruel, perdura á través de los siglos, originando las frases proverbiales «Los amantes de Teruel, que siempre se quisieron bien», para designar á los que están ciegamente enamorados, y en sentido irónico, para expresar los desvaríos á que puede llevar el amor, «Los amantes de Teruel, tonta ella y tonto él.»

He aquí, en síntesis, la desconsoladora y romántica relación de estos amores, en los que, como en casi todos cuantos se hicieron famosos por su desdichada suerte, interviene la Fatalidad.

Diego era hijo de un pobre hidalgo; Isabel, de un rico caballero; Amor unió con fuertes lazos sus corazones cuando eran casi muy niños; el interés fué su verdugo.

Al cumplir los veintidós años, el noble doncel trató de tomar por esposa á la amada; pero el padre de ésta, don Pedro Segura, procuró desentenderse con buenas razones de semejante petición. Desairado el galán, pidió á su dama le concediera un plazo de cinco años para partirse de Teruel é ir «á treballar por mar y por tierra en dó hubiere dineros». La dama otorgó el plazo solicitado, y Diego marchó para la guerra contra los moros.

Durante la ausencia de Marcilla, don Pedro procuró que su hija no tuviera noticia alguna del expatriado, y con halagos y aun valiéndose de su autoridad paternal, intentó casarla con el rico caballero don Pedro Rodríguez de Azagra, hermano del señor de Albarracín.

Mantúvose Isabel firme en su in-

quebrantable designio de esperar el regreso de Marcilla en el plazo estipulado. Cumplióse éste, y la fiel enamorada, en la creencia de que tal vez hubiera muerto su amante, lúgubre presagio que justificaba el no haber recibido de él, en los cinco años transcurridos, ni una sola carta ni noticia alguna de su vida, accedió para satisfacer el acucioso deseo de su padre á la demanda del de Azagra.

Y el mismo día de sus bodas, el más triste de los días, pudiendo haber sido el más alegre, supo la infeliz que Diego volvía entonces sano y salvo, logrado el fin que le hizo marchar á lejanas tierras, puesto que, guerreando, conquistó grandes riquezas.

Calculad la impresión que el inopinado regreso de Marcilla produciría en la recién casada, y el dolor que recibiría el doncel al enterarse de que la elegida de su alma tenía ya un dueño.

Dice la historia que nos sirve de guía, que en la noche de bodas penetró Diego en la sala del convite, y que al ver bailar á Isabel sintió como si un cuchillo se le clavara en el corazón. No pudiendo resistir el espectáculo que presenciaba, abandonó la estancia y entróse en el aposento donde hallábase aparejado el tálamo para los desposados.

No le fué posible á Marcilla salir de la cámara nupcial; por impedirsele la entrada de los novios. Apresuradamente, para no ser visto, escondióse al amparo de unos cortinones.

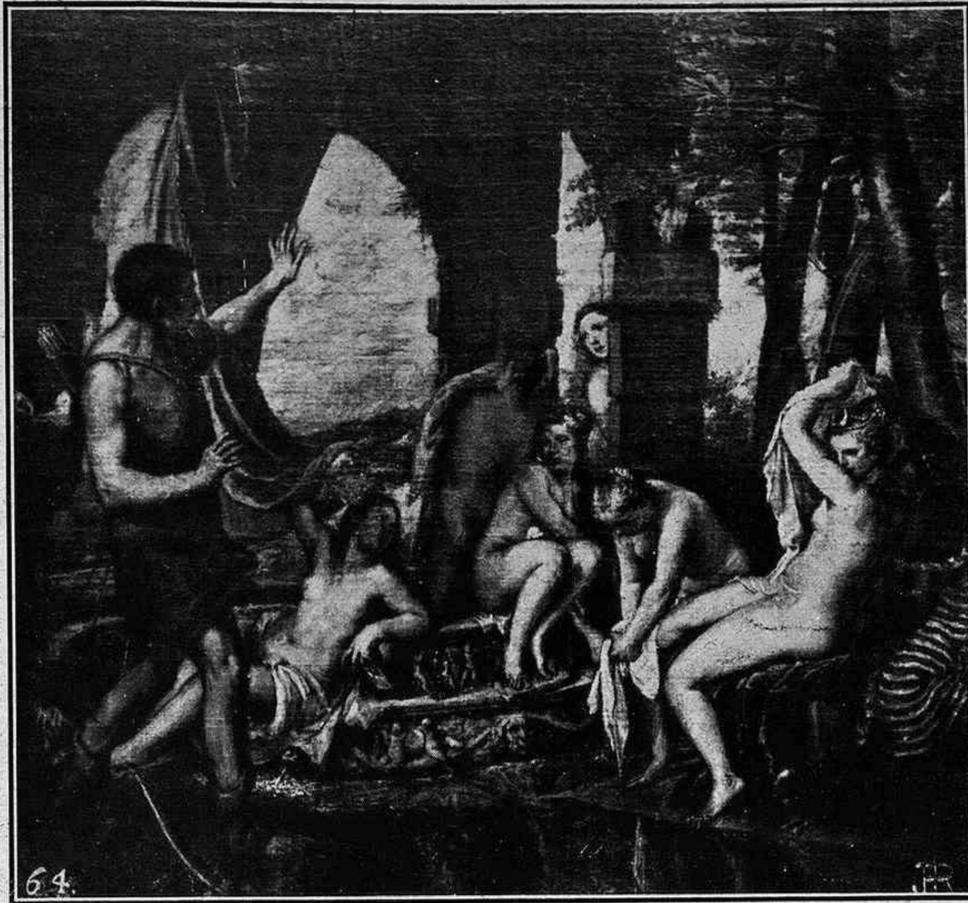
Isabel, con súplicas é invocando el cumplimiento de un voto sagrado que había hecho, consiguió que el esposo renunciase galantemente por aquella noche á cumplir el más dulce de los deberes conyugales. Acostáronse; al poco rato quedóse dormido el novio; la novia, presa de martirizadores pensamientos, permanecía despierta.

Con osadía propia de enamorado y con ansia disculpable en la violenta situación en que se hallaba, Marcilla, jugándose el todo por el todo, abandonó su escondite, y llegándose cautelosamente á la amada, la dijo, con voz débil como un suspiro y amarga como una queja: «Está contigo un hombre de quien fuiste un tiempo esposa.»

Imaginad el sobresalto, la inefable emoción con que Isabel escucharía el reproche; siguióse breve diálogo entre los amantes, diálogo trágico en que el deber, los celos y la pasión dictaban las palabras; al final, el malaventurado mozo suplicó, con voz desfallecida: «¡Bésame, que me muero!»

Y no fué dicho esto en vano, por sólo conmover á la amada, sino que, fatalmente, al negarse Isabel á satisfacer la tierna demanda, cayó Diego exánime junto al lecho nupcial.

Entonces la sin ventura prorrumpió en grandes lamentaciones. Azorado, despiértase el esposo; pregunta con mortal inquietud lo que motiva tan dolorosos extremos, y la esposa, fingiendo un ensueño, le refiere, atribuyéndolos á una de sus más íntimas amigas, sus propios amores con Marcilla y el desastrado fin de éste por haberle negado un beso la mujer adorada. El de Azagra escucha atento el relato y acaba



“Diana y Acteón”, cuadro del Tiziano

por tachar de necia, cruel y melindrosa á la causante de tal desgracia, asegurando que «ya que en vida no le dió el beso al galán, debía en su muerte darle uno y dos mil de sentimiento».

Al oír esto, Isabel declaró ser ella la mujer necia, cruel y melindrosa, pero honrada, y mostró ante los atónitos ojos del esposo el cadáver de Marcilla. Para evitar el escándalo, la intervención de la Justicia y las represalias de la familia del desdichado joven, el de Azagra dispuso que el inanimado cuerpo fuera llevado á la puerta de la casa del viejo Marcilla.

Al día siguiente celebráronse las exequias en la iglesia de San Pedro.

Desde sus habitaciones oyó Isabel, por la proximidad de su casa á la de Marcilla, los luctuosos cánticos del entierro. Movida de un irresistible impulso, al descubrir desde la reja de su aposento el féretro, despojóse rápidamente de sus galas, y, poniéndose un monjil de bayeta, salió presurosa á la calle, confundiendo entre las mujeres que formaban en el fúnebre cortejo.

Entró éste en la iglesia de San Pedro y el féretro fué colocado en un magnífico túmulo.

Al empezar el Oficio de difuntos, Isabel, cubierto el rostro, se abalanzó donde estaba el féretro, y, transida de dolor, exclamó en alta voz, produciendo el natural asombro entre los circunstantes: «¿Es posible que estando tú muerto tenga yo vida? No tengas de mi fe duda que pueda vivir un sólo punto; perdona mi tardanza, que, al instante, contigo me tendrás.»

«Descubrióle la cara—dice la Historia—y le dió un beso tan fuerte que se oyó en toda la iglesia, y con un ¡ay!, faltóle el aliento en un instante, y la Parca puso en sus ojos su sello.»

A mediados del otoño están ya abiertos teatros, cines y salones, lugares predilectos del niño vendado para sus fechorías.

Advierte el maestro en su poema tantas veces citado que la noche y el vino impiden discernir la hermosura, y que no se debe fiar demasiado de la engañosa luz de las lámparas. «Por las noches se ocultan las tachas y se perdonan todos los defectos, y la obscuridad hace hermosa á cualquiera.»

Del vino no ha de tratarse ahora, pues quien gustó en demasía del placer de Baco los ojos le hacen chiribitas y no está para filifiles de estética.

De la luz, sólo hemos de oponer el reparo de que las lámparas, en los remotos tiempos de Ovidio, no daban claridad tan intensa como las actuales; la luz fría y potente de la electricidad, más que disimular, acentúa implacablemente los defectos de la que no recibió de Natura las perfecciones que adornan á las bellas.

No obstante, como la «cosmética» ó arte de embellecerse está hoy mucho más adelantada que cuando el maestro dictaba reglas para que las damas se hermosearan, no forméis un juicio definitivo de los encantos que os flecharon de noche, no sea que en lugar del rostro sonrosado, los ojos grandes y brilladores, los labios de cereza y el cabello como la endrina, os encontréis de día con una cara de acelga, unos ojos chiquirritines, mortecinos, unos labios descoloridos y un cabello de color indefinible.

Y aun á todo sol, caro Teótimo, no fies mucho de lo que veas, porque la mujer para vencer y encadenar al hombre se vale de su arma más poderosa, que es la belleza, y si ésta le falta en absoluto (por más que no hay fea sin algún encanto), ó tiene alguna mácula, la suple ó remedia astutamente con los múltiples procedimientos que hoy ofrece la química.

Fruta de este mes: la castaña.

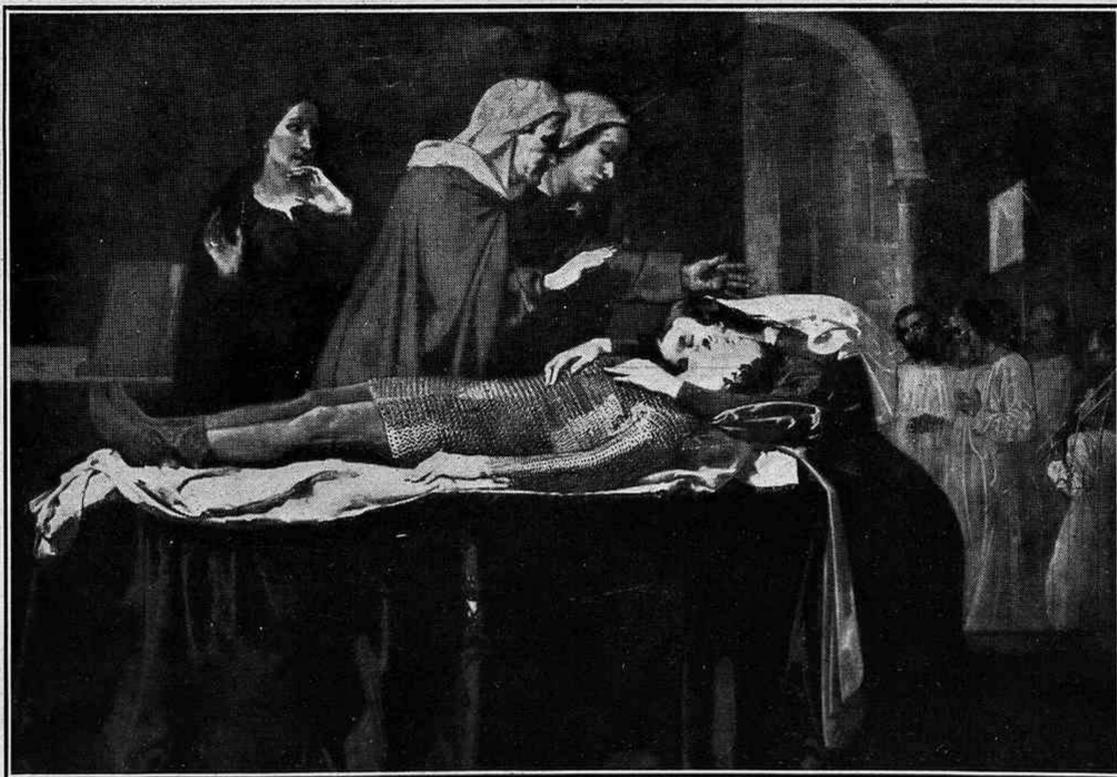
Al recordároslo, creo cumplir con un deber advirtiéndos que todo lo que en la realidad tiene de gustoso el fruto del castaño lo tiene de acedo en metáfora.

Líbreos vuestro ángel custodio de que cualquiera os dé la castaña.

Y menos que nadie, la señora de vuestros pensamientos.

Es el caso más desesperado que puede ocurrirle á un galán.

Y no hay Ovidios que lo remedien.

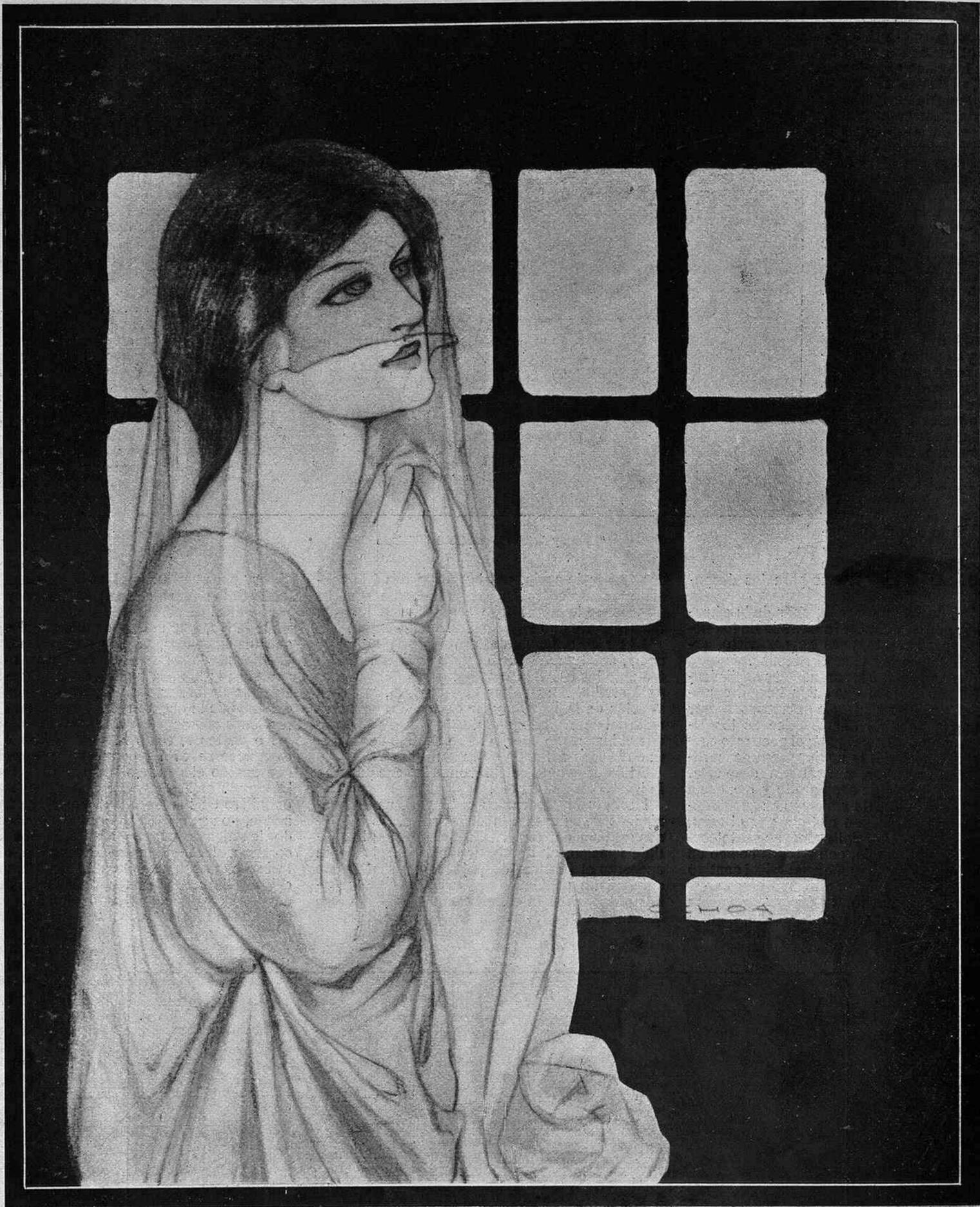


“Los amantes de Teruel”, cuadro de Garcia Martinez

FOTS. LACOSTE

Alejandro LARRUBIERA

LA VIRGEN DE LOS ÚLTIMOS AMORES



*De los Incas prisionero
en el ardiente confín,
altivo espera su fin
un hidalgo aventurero.*

*—¡Ojos divinos y claros
de mi gentil castellana!...
Jazmines de su ventana...
¡Nunca volveré a miraros!
Y mientras en su prisión
sueña en lejanos hechizos
y besa unos áureos rizos
que guarda en su medallón,
se acerca al cautivo una
virgen blanca y dolorida,
toda de azahares vestida,
igual que un rayo de luna.
Su frente, pálida y bella,
tiene celestes rubores.*

*Y dice:—Soy la doncella
de los últimos amores.*

*—Tus manos son dos tempranos
lirios—suspira el galán.*

*—Las caricias de mis manos
para ti son, capitán.*

*—Tus pechos, cándidos, llenos
de anhelos dulces están.*

*—Las palomas de mis senos
en tu mano temblarán.*

*—Tu gracia venusta arranca
todas las penas de mí.*

*—La rosa aromada y blanca
de mi cuerpo es para ti.*

Yo vengo a endulzar tu suerte

*en este instante postrero,
pues pasarás, caballero,
de mis besos a la muerte.*

*Y arranca las blancas flores
de su frente, que destella
luz de luna, la doncella
de los últimos amores.*

*—¿Por que, no amándome a mí,
me ofreces tu corazón?*

*—Me lo han ordenado así
mi tribu y la tradición.*

*Entre cortés y jovial,
dijo el noble castellano:*

*—Saldrá intacta de mi mano
tu lámpara virginal.*

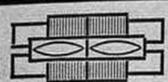
*En mi patria, los amores
de las bellas adoradas
se conquistan entre flores
ó se ganan a estocadas.*

*Parte y dile al que preteres,
¡oh, blanca virgen del Sol!,
cómo trata a las mujeres
un capitán español.*

*Brillaban ya los fulgores
del alba, y como una estrella
se alejaba la doncella
de los últimos amores.*

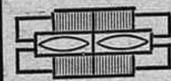
Emilio CARRÉRE

DIBUJO DE OCHOA



BAJO OTROS CIELOS

LA LEYENDA DE HINE-MOA



Danza "poi", en Ohinemutu

La plácida isla de esmeralda—un camafeo profundo burilado con perfiles y curvas suaves—surge del turquino lago de *Rotorua*, un lago con aspecto de mar, frío en el centro, donde las olas se rebelan, como si quisiesen invadir las tierras y unirse al cercano Pacífico, mientras á la orilla hierven y humean, conmovidas por el fuego subterráneo y las explosiones sulfúricas de aquella fantástica región de volcanes y sulfataras.

Y en aquella edénica de *Mokoia* vivía, hace casi un siglo, un joven guerrero tatuado, un abandonado de la suerte que la mano generosa del viejo *Whakane* recogiera y uniere á la suerte de sus hijos: *Tutane kai*, de la añeja tribu maori *Arawa*, que vinieron hace siglos de una fabulosa tierra desaparecida: *Hawaiki*.

Tutane kai era alto, musculoso, de recias piernas, y su cara, color caoba, era un jeroglífico de líneas negras y azules, un tatuaje complicado y doloroso, trabajado por meses sobre su cutis de doncel en tanto el artista-sacerdote recitaba la canción de guerra: «Tu sufrimiento es una prueba de tu valor; tus hombres te obedecerán, y las mujeres que te amen dirán: cómo es valiente *Tutane kai*.»

Y la sangre corriendo formaba un lago carmesí sobre la piedra del sacrificio.

Nadie supo cómo á *Tutane kai* lo prohió el rico é influyente anciano *Whakane*, ni cómo llegó á *Waikimia*, villa principal de la isla donde un *pa*—fortaleza inexpugnable—era recinto de la tribu guerrera y pastoral.

En la tierra firme otra villa se alzaba, bizarra y extraña, construída sobre los pozos de agua hirviendo y manantiales sulfurosos; una perenne

nube de vapor la separaba como una escena oculta á los ojos de los habitantes de *Mokoia*.

Pero en una danza, en una terrible *haka*, donde las contorsiones eran tremendas y el suelo rugía bajo las contorsiones de aquellos cuatrocientos magos, *Tutane kai* conoció á la dulce belleza, la castísima flor maori, la esbelta *Hine-Moa*, princesa de quince años.

Hine-Moa era la única hija del gigantesco caudillo *Omukaria*, un jefe que cargaba al hombro una maza de jaspe verde, pesada como un árbol, y con la cual había triturado doscientas cincuenta cabezas *waikatas*.

Todos los guerreros amaban á *Hine-Moa*, que tenía los ojos negros y sensuales y un cabellera negra, donde las plumas pardas y albas eran como relámpagos en aquella noche de ébano.

Sólo *Tutane kai* ganó el corazón de la princesa, y como él era plebeyo, la resistencia más dolorosa fué ejercida por el altivo padre; y *Tutane kai* volvió á la isla de esmeralda, y desde la más alta colina espiaba la vaga villa *Owhata*, y cuando el viento norte disipaba el eterno humo que la cubría, la silueta fina de *Hine-Moa* se divinizaba como una estatua de dolor y de amor.

Duro de alma era el padre de *Hine-Moa*, pero astuto y precavido. Sospechando una fuga, retiró del lago todas las canoas; mientras, en la isla, todos los mancebos despreciaban y odiaban á *Tutane kai*; todos menos uno: el fiel amigo *Tiki*, que, despreciando un castigo, fué emisario á la tierra firme, y dijo á *Hine-Moa*:

—Todas las noches *Tutane kai* y yo soplamos en nuestras flautas las armonías de amor que albergan en el corazón del pobre joven.

Y todas las noches la princesa, con el oído atento, trataba de adivinar el murmullo del lago, la canción de la montaña y la flauta de *Tutane kai*. Y una noche clara y fría dos voces agudas llegaron á sus oídos: eran las dos armonías voluptuosas que le llamaban con una lánguida y larga súplica de amor.

Hine-Moa se desnudó; su cuerpo redondo, bajo el claro de luna, parecía una gran flor, cuyos pétalos fuesen las dos piernas finas y los dos graciosos brazos; á su cintura estrecha ligó seis calabazas, y veloz como un cisne se lanzó al agua, nadando en dirección de *Mokoia*, en dirección de aquella música de promesa. La corriente la aguardaba, y, después de dos horas de lucha, su pie conoció la voluptuosidad de la tierra.

El frío y la vergüenza la habían hecho presa; ¿cómo podía presentarse al joven, desnuda cual una diosa?

Cerca de la orilla un pozo de agua tibia le brindaba un abrigo y un consuelo, y en él *Hine-Moa* se refugió, esperando que alguien pasase á quien ayuda pidiese.

A pocos momentos, *Tiki*—el amigo fiel—se presentó con un cántaro en busca de agua; é

Hine-Moa, en la obscuridad, lo llamó, enronqueciendo la voz para engañarlo: «Dame un poco de agua, oh mano generosa.»

Tiki extendió el cántaro, y después de beber lo lanzó al suelo. *Tiki* corrió hacia su amigo y le relató el incidente. Tres veces se repitió la misma escena, hasta que *Tutane kai*, iracundo y deseoso de castigar á aquel ingrato, ciñó sus armas, corrió á la orilla donde *Hine-Moa*, oculta, aguardaba esa ocasión.

—¿Quién eres tú que así corresponde los favores de *Tutane kai*?

—Soy *Hine-Moa*, oh, mi esposo!
Y toda desnuda y palpitante voló á los brazos del afortunado guerrero.

El sol ya estaba alto, y todos los habitantes de *Waikimia* se preparaban á sus labores pastorales, pero *Tutane kai* no parecía; el viejo *Whakane* envió uno de sus hijos á despertar al tardío, que pocos segundos después regresó diciendo:

—He visto cuatro pies en la casa de *Tutane kai*. Muchos de sus amigos, deseosos de conocer la dueña de aquellos dos pies huéspedes, alzaron la cortina de la entrada y gritaron:

—Eh, *Tutane kai*: ¿de quién son esos dos pies? E *Hine-Moa*, ya mujer, replicó:

—Son los míos, los de la princesa *Hine-Moa*, hija de *Umukaria*, jefe de los *arawa* de *Owhata*.

Y toda la tribu, en un frenético grito de entusiasmo, inició una danza de gloria; los hombres rugiendo y lanzando al aire sus lanzas de duro leño, y las mujeres, en una danza *poi*, ondulando las cadéras, narraban en gestos los amores de *Hine-Moa* y *Tutane kai*.

FRANCISCO G. DE CISNEROS



Princesa maori



Viejo guerrero maori



DE LA SELVA VIRGEN DEL MUNI
ESCUELAS INDÍGENAS



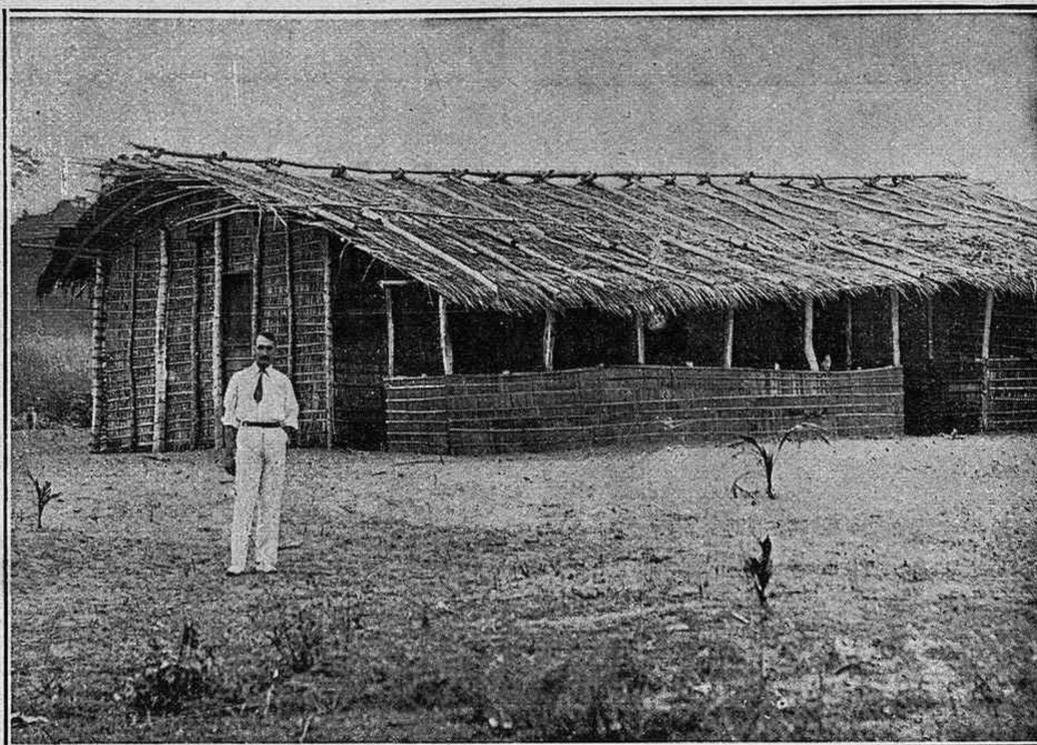
HAY que hacer hombres útiles, moldeando las almas y las conciencias de estos salvajes, que viven en el más primitivo estado de abandono y de atraso social.

La labor no es fácil, porque en el negro todo es pasión é instinto. Su inteligencia está en germen y hay que desarrollarle. Estudiad á un salvaje del bosque y encontraréis que se parece más al mono que al hombre. De hombres tienen la constitución física, la configuración externa, la estructura y textura de sus órganos y tejidos. Pero las funciones no son las mismas. La vista y el oído funcionan en el negro salvaje de un modo más sensible que en el civilizado. En cambio su inteligencia está embotada.

Para vivir su vida no necesita más, y la sabia Naturaleza le agudiza los sentidos que le son más útiles. Para adentrarse en

los bosques y acechar las fieras y cazarlas; para estar pronto á repeler la agresión de cualquier tribu vecina; para escrutar los horizontes del Océano y descubrir—y huirle—el navio que apenas hace unos años venía á comprar esclavos, sus sentidos externos se desarrollaron en perjuicio de la inteligencia. Pero para vivir una vida progresiva; para adelantar en su estado político-social; para civilizarse y contribuir como todas las razas al progreso humano; para cooperar en la ciencia y en las artes; para abrir á la explotación mundial las inenarrables riquezas del continente africano, es preciso que se les eduque y es humano hacerlo. Los pueblos de Europa tienen el deber de procurarlo en sus colonias. Todas las Naciones se lo proponen, unas más y otras menos, aunque a veces se olvidan un poco de su misión civilizadora, preponderando en sus miras todo lo que signifique explotación. Esas dos altas misiones llevan al Africa central las naciones mandatarias de la Humanidad. En ejercerlas en un ponderado equilibrio está el éxito.

Cuando incorporemos los negros de Africa á la vida de la civilización, se habrá llevado á cabo una de las más grandes empresas de la Humanidad. No tendrá más obra pareja contemporánea que la colonización de América y la civilización de sus razas autóctonas, en que á los españoles corresponde la mayor gloria. Hoy nos reconocen esa gloria los tratadistas, los historiadores de todo el mundo, y solamente algunos espíritus estrechos siguen censurándonos, aferrados á la intransigencia religiosa de



Una casa-escuela

que, con tesón digno de mejor causa, hicimos bandera; con lo que juzgan una parte por el todo.

Para esa magna labor se han de cuidar con esmerada solicitud las inteligencias niñas, cuyo desarrollo podemos encauzar.

Si hiciéramos una educación sola ó principalmente religiosa, sería perder el tiempo y malograr en germen el esfuerzo. Esta raza, sencilla en sus concepciones de la vida y de los fenómenos, de los que ni buscan siquiera la explicación, no necesita de la quimera que coloca por encima de las cosas materiales de fatal cumplimiento.

Las gentes salvajes, dueñas de una tierra febril, de clima un poco insano para los europeos, no tienen ninguna manifestación de vida social.

Les falta espíritu de colectividad, amor al trabajo, cooperación de esfuerzos, y escalonamiento de profesiones, artes y oficios. Todo está por hacer; y si la Nación ó alguna empresa quieren abrir al comercio, al intercambio el terreno virgen, ha de traerlo todo de España. Para obtener de los negros de nuestras posesiones utilidad inmediata, hay que enseñarlos, más que nada, oficios. Inglaterra sostiene en Boni-Nigeria una escuela de esa naturaleza, y convierte á los indígenas que á ella llegan en expertos artesanos: mecánicos, carpinteros, aserradores, electricistas, sastres, albañiles y otros mil oficios.

El Estado español, hasta ahora, no ha hecho nada de eso. Pone hoy los primeros jalones al establecer escuelas primarias regidas por personal indígena é inspeccionadas por europeos, en las márgenes del Utamboni y de Río Campo, y lo secunda enviando á la Península muchachos ne-

gros, que aprenden los oficios que les son más gratos, siempre que sean de utilidad á la colonia. Ya hay una docena de jóvenes que regresaron de España, y en este personal debe pensar el Estado para crear las Escuelas de Artes y Oficios, reclutando algunos de ellos para profesores y completando el cuadro con españoles de conocimientos prácticos; toda vez que la teoría en estos momentos, está demás para estagente, que tiene muy poca inteligencia, y que sólo aprenden, y no con gran facilidad, aquello que ven hacer á otras manos.

Los jóvenes joyeros—casi exclusivamente trabajan el oro para brazaletes, pendientes y sortijas—que aparecen en uno de los fotograbados, proceden de colonias vecinas.

Hay otros, muy pocos, expertos en distintos oficios, que proceden también de tierras colindantes. Nosotros estamos em-

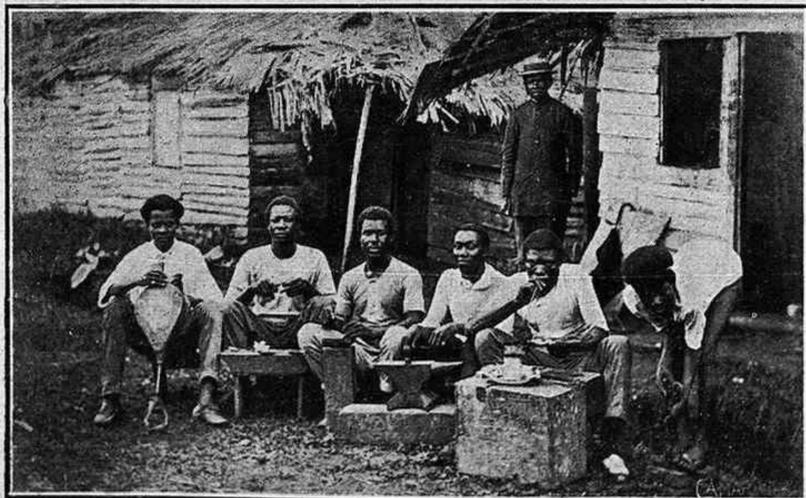
pezando esa labor, que ha de dar óptimos frutos. Ved en un fotograbado una casa-escuela española, y en otro un puñado de muchachos que aprenden á deletrear el abecedario y adquirir la instrucción elemental que les ha de convertir, de salvajes inútiles, en hombres de provecho. Dignos de loa son los que se esfuerzan en conseguirlo, y mucho más lo son, si consideramos que para la empresa no reciben estímulos de nuestro pueblo, que desconoce en absoluto Guinea, ni de los políticos, que desde sus plataformas desdeñan las cuestiones coloniales, porque culpas pasadas pesan sobre ellos, infundiéndoles el temor de nuevos desaciertos. El estudio les redimiría de sus pecados; pero empeñados en luchas personales y en querellas bizantinas, no adquirirán nunca el conocimiento de una luminosa verdad: la de que en estas benditas tierras encontrará España su redención económica.

No tiene otro esfuerzo que hacer que extender el brazo desde el camastro en que duerme la siesta, á la sombra de frondosa higuera, y tomar lo que la Naturaleza le brinda en productos que valen muchos millones de duros.

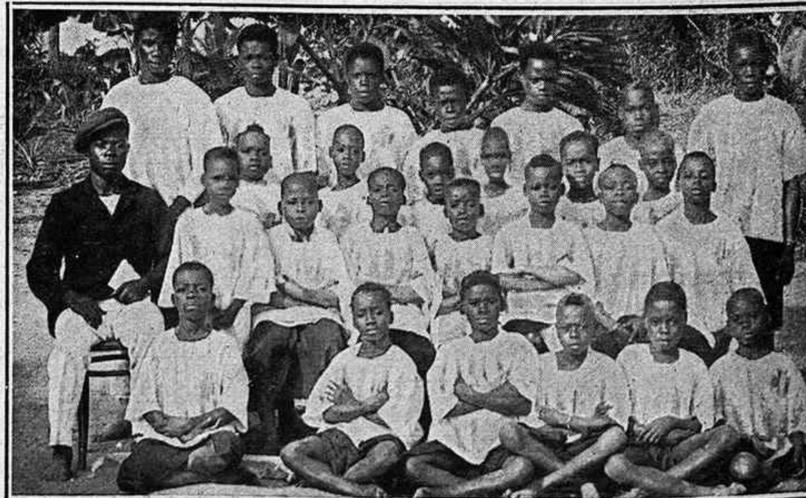
Pero, á lo que parece, la sombra del simbólico árbol es para nosotros la sombra del manzanillo, que esteriliza energías y envenena la raza.

Nos es cómoda esa creencia fatalista. Si no nos curamos del mal de indolencia, lograremos con el método expectante dar cima á la ardua labor de acabar con España, en cuyos dominios, un día, no se ponía el sol.

J. BRAVO CARBONEL



Industria de joyería



El profesor y los alumnos



El espejo sólo guarda satisfacciones para la mujer
que usa el

Jabón Heno de Pravia

Sus propiedades emolientes y deterativas
dan a la piel tersura y suavidad.

PERFUMERÍA GAL

MADRID

LA MODA FEMENINA



CUATRO ELEGANTÍSIMOS MODELOS DE VESTIDO Y CAPAS DE PIEL PARA LA PRÓXIMA ESTACIÓN DE INVIERNO
FOTS. HUGELMANN

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 cénts. en toda España

ALFONSO

FOTÓGRAFO

6, Fuencarral, 6

RECTIFICACIÓN

En el número de LA ESFERA correspondiente al día 18 de Octubre pasado, y en la información que publicábamos referente al Hotel Ritz, de Barcelona, se deslizaron unas erratas que convienen subsanar.

Nos referimos á los párrafos que dedicábamos á la casa Mañach, que ha efectuado en la importante obra los trabajos de cerrajería. He aquí lo que debimos decir al hablar de la seguridad de las cerraduras de las habitaciones, y decimos hoy:

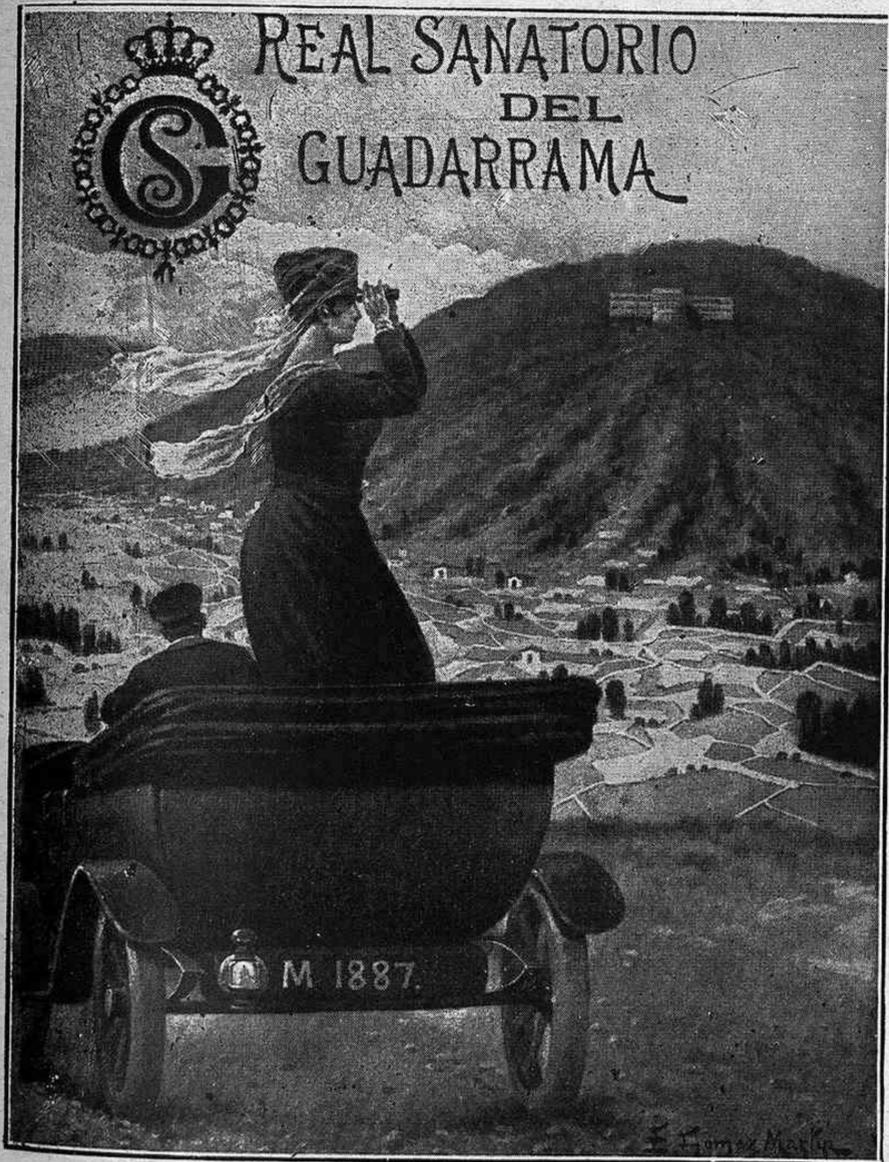
«También el huésped puede hacer inútil la llave del camarero dando un cuarto de vuelta al pomo interior de la cerradura, quedando ésta en sentido horizontal, con lo cual queda inutilizado el pestillo.»

— Misterios de la Policía y del Crimen —

PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel de mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año. Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, D. José Martínez Pardo Martín, COLEGIO DE MÉDICOS, MAYOR, 1

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



➔ Sucursal de LA ESFERA ➔
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

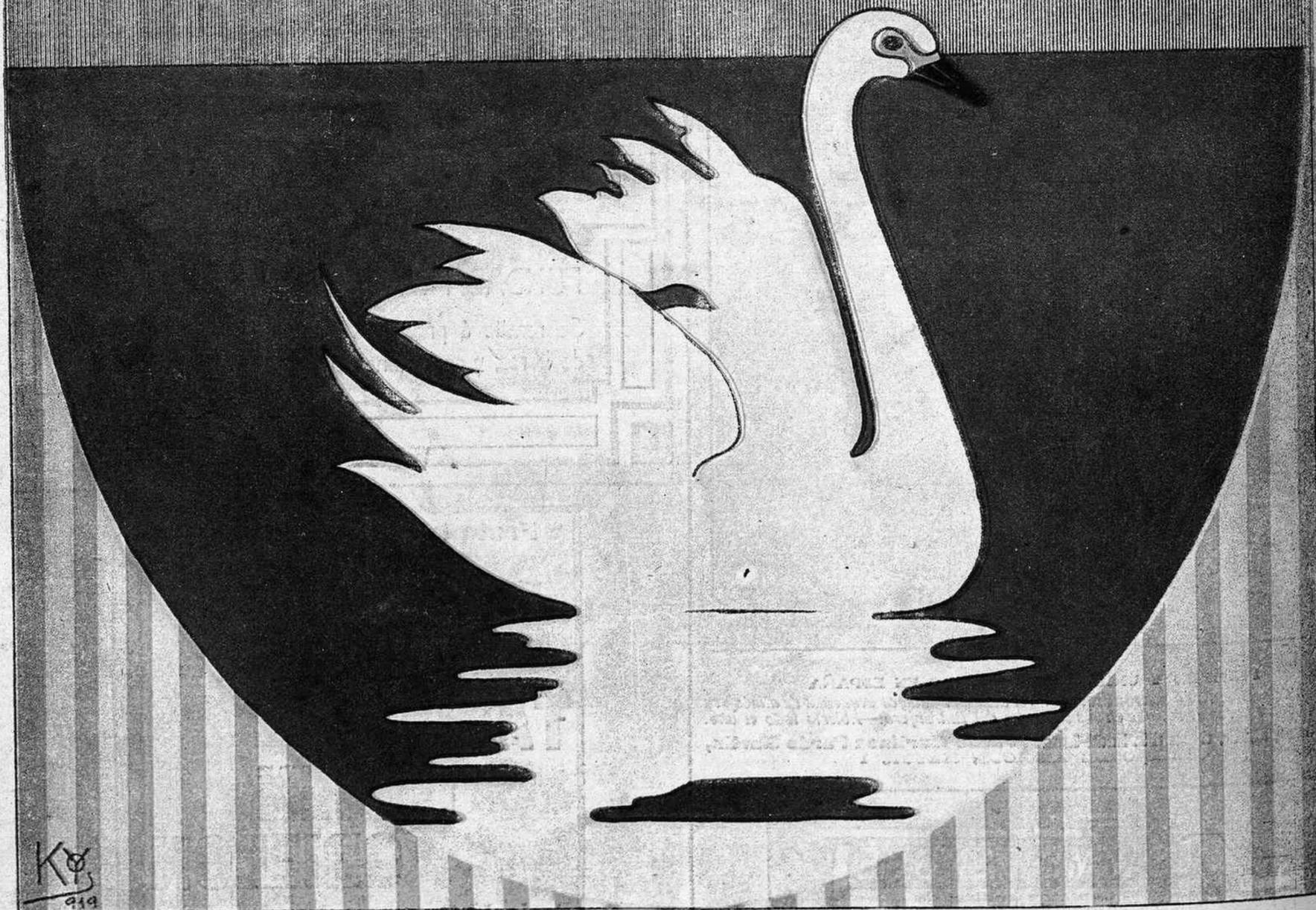
Almorranas, Bilis,
Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias



-QUE HACER PARA CONSEGUIR LA BLANCURA Y LA
SUAVIDAD DEL CYSNE? - USAR LOS PRODUCTOS
SYBARIS
CREMA. LECHE VIRGINAL. POLVOS **GAL**
MADRID



KY
919

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS